

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario
Nº 5
Octubre de 2014
Suplemento a
«el programa comunista» Nº 50
Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF; 1'5£ /
América del Norte: US \$ 2 /
América Latina: US \$ 1'5

Europa y las elecciones europeas

**¡Enésimo engaño para disfrazar la brutal dictadura de la clase dominante burguesa!
¡Los proletarios de cada nación rechazan el engaño electoral
y reconquistan el terreno de la lucha de clase, teniendo
como perspectiva la revolución anti-capitalista, única vía en cada país para
emanciparse de la vampiresca explotación burguesa!**

Tantas décadas de dominación *democrática* sobre toda la sociedad y el capitalismo no ha resuelto contradicción alguna. El crecimiento económico, el progreso industrial, en otras palabras, el desarrollo de la civilización burguesa no han impedido a la economía capitalista sobre la cual descansa esta sociedad, caer en crisis de superproducción cada vez más graves y profundas, arrojando a la miseria, el hambre, el desempleo, la marginalidad, a la muerte a masas cada vez más numerosas de proletarios y campesinos al estallido de dos guerras mundiales.

Los mismos países desarrollados de Europa – cuna de la civilización burguesa –, objetivamente incapaces de resol-

ver pacíficamente las crisis del sistema económico y político capitalista, no podían impedir el estallido de dos guerras mundiales, una más devastadora que la otra; así, de toda guerra en la cual han sido destruidos masas ingentes de mercancías y capitales que, debido a la superproducción no se lograban poner en los mercados, el capitalismo de cada país sacaba notables beneficios y poner en marcha nuevos ciclos de mercancías y capitales. Y con mercancías y capitales excedentes eran destruidos también los hombres, fuerza de trabajo sobre-abundantes, por decenas de millones. Los mismos países desarrollados de Europa no podían y no pueden impedir que una nueva guerra mundial aparezca junto a las consecuen-

cias que ya hemos señalado.

Cada partido, sea de derechas o izquierdas, promete en cada elección la paz, el progreso, el bienestar social. Lo mismo hace cada religión: también han sido la bandera de fuerzas que se dicen representantes de los intereses de los trabajadores, profesándose reformistas y tendientes a atenuar las contradicciones cada vez más agudas de la sociedad actual. Pero, ¿qué paz, qué progreso, qué bienestar social?

¿LA PAZ?

Los capitalistas aman la paz a con-

(sigue en pág. 2)

La monarquía de Felipe VI y la III República sólo son formas de gobierno de la clase burguesa y por lo tanto de explotación y miseria para el proletariado

La abdicación del rey Juan Carlos I a favor de su hijo Felipe tiene como objetivo, únicamente, reestructurar algunos aspectos de la forma del Estado. Seis años de crisis económica, acompañados de los escándalos de corrupción en la Casa Real y del descontento cada vez mayor que en amplias capas de la sociedad existe hacia la monarquía, han bastado para poner en cuestión un modelo que se impuso durante la Transición y que durante los últimos 39 años ha cumplido la función de garantizar la sumisión de la clase proletaria a las exigencias de la burguesía bajo el manto de la colaboración democrática entre clases.

A la muerte de Franco otra crisis económica, aquella llamada «del petróleo», daba lugar a un aumento con-

siderable del enfrentamiento entre proletarios y burgueses sobre el terreno de la lucha inmediata por el salario, las condiciones de existencia y, por añadidura, sobre aspectos «sociales» que generaban una tensión soterrada en los últimos años de la dictadura (la cuestión vasca y catalana, la situación de la mujer, etc.) Además el ejemplo cercano de Portugal, donde la guerra colonial de décadas acabó por liquidar la dictadura y volver incontenible la lucha de amplios estratos de la clase obrera, recorría como un espectro infernal las mentes de la clase burguesa española y europea. La llamada Transición democrática fue un gran pacto social capitaneado por la cabeza visible del Rey pero dirigido realmente por el concurso simultáneo de las burguesías europeas y americanas con

la colaboración de todos los sectores del Régimen y de la oposición. Se trataba, entonces, de garantizar el gobierno de la clase burguesa enfrentada tanto a una agudización de la lucha de clases como a la necesidad impe-

(sigue en pág. 8)

EN ESTE NÚMERO

- A la muerte de Santiago Carrillo (y III).
- *Podemos*. Un reformismo en busca de dos autores
- Miles de inmigrantes llegan a las costas españolas. ¡El capitalismo europeo sólo ofrece represión y miseria a estos esclavos modernos!
- UKRANIA: contra el nacionalismo por la unidad de clase. ¡La fuerza prima sobre el dertecho! La caída de Yanukovich no solucionará los problemas de las masas proletarias.
- Orientación práctica de acción sindical (I)

Europa y las elecciones

(viene de la pág. 1)

dición de que sea la paz social, a condición que las masas proletarias no estorben con su lucha el flujo ininterrumpido de la producción de beneficios, comercios, negocios. Pero la lucha competitiva que caracteriza la vida cotidiana del capitalismo, cuestiona la seriedad acerca de ese desenvolvimiento pacífico de este flujo y de la paz entre burgueses: las guerras comerciales y financieras antes y después se transforman en conflictos bélicos. Por ello, en tiempos de paz las clases dominantes de cada país se dotan de fuerzas armadas constantemente modernizadas, con plena conciencia de que la defensa de sus propios intereses nacionales – los famosos intereses de la economía nacional y de la patria – en algún punto del desarrollo de las divergencias entre naciones y entre imperialismos, tomará el camino del enfrentamiento armado. Por otra parte, desde el fin de la segunda carnicería imperialista, no ha habido año sin que las clases dominantes burguesas de Europa o Estados Unidos no estuvieran involucradas en guerras locales, regionales o continentales, siempre guerras de rapiña. Muchas fuentes de estudios militares dan cuenta de que las guerras surgidas desde 1945 en adelante han sido conflictos «internos» al propio país o a la región a la que pertenece dicho país. Pero ha sido siempre la intervención, directa o indirecta, de las potencias imperialistas ligadas a los Estados Unidos más que a la URSS y, sucesivamente, a la Rusia posterior a 1991. Se calcula que los muertos civiles han pasado del 60% de los muertos totales en la segunda carnicería mundial al 90% a partir de los años noventa del siglo pasado; según el conocido Instituto de Ciencias Políticas de Hamburgo en el periodo de 1950 a 1998 (1) los conflictos han llegado a unos buenos 1.255, sin contar con los datos estadísticos de conflictos desde 1998 hasta hoy... 20 millones de muertos y 60 millones de heridos, siempre según dichas estadísticas, representan la paz prometida por las democracias occidentales y del falso socialismo estaliniano por haber vencido al nazi-fascismo. ¿Conflictos «internos», por tanto locales, y no mundiales? Ciertamente, pero, a juzgar por su cantidad y distribución en el planeta – ningún continente, salvo Oceanía, ha estado excluido – han tenido intereses de carácter internacional, sea cuando los países coloniales se han sublevado armas en la mano para expulsar a los colonialistas dirigidos, tal como ha sucedido y sucede en África, Medio Oriente, América Central y del Sur o en el Extremo Oriente, como cuando la intervención militar imperialista tenía la finalidad de someter a su control a determinados países como en Europa «cuna de la moderna civilización», ver Hungría, Polonia, los países que formaban

parte de Yugoslavia, los países del Cáucaso y hoy Ucrania.

La paz capitalista, es decir, la paz del beneficio capitalista, debe necesariamente preparar la guerra capitalista, la guerra por el reparto del mercado mundial. Y los países europeos, precisamente en virtud de su desarrollo capitalista, están siempre inevitablemente involucrados en cada enfrentamiento, no importa si surge en Europa o en otra parte del mundo, ya que la red de intereses capitalistas abraza desde hace más de siglo y medio toda la superficie terrestre.

¡Bajo el capitalismo jamás habrá paz, en Europa o fuera de ella!

¿EL PROGRESO?

Los capitalistas se ufanan de ser siempre los protagonistas del progreso económico y científico, por ende, del progreso social, político y cultural de cada país. Según la ideología burguesa, la civilización moderna se basa en la gran industria, en el comercio cada vez más rápido y expandido, en la potencia económica que se desprende de la masa cada vez más creciente de mercancías producidas y vendidas y, como tales, poniéndose a la vanguardia del progreso con respecto a las empresas rivales. El progreso económico es, por tanto, el hijo de la innovación continua en los procesos de producción y distribución; sin embargo, el objetivo de estas innovaciones es el de derrotar a la competencia, por ello el progreso solo se reserva a sectores y ramas de la producción y distribución en los cuales la inversión de los capitales es más reducido; por lo tanto, el progreso económico bajo el capitalismo, que una vez fue efectivamente «revolucionario», ya no es sinónimo de progreso social, tan solo beneficio exponencial para los capitalistas y miseria creciente para las masas proletarias y campesinas.

Por otra parte, la producción capitalista requiere tanto la intervención de capital como la intervención de fuerza de trabajo asalariada, fuerza asalariada explotada para el exclusivo interés del capital, el progreso económico del capitalismo no es sinónimo de progreso económico de la fuerza de trabajo asalariada, sino que se limita a la parte y el tiempo por el cual el capital y su representación – capitalista individual, asociación de capitalistas, Estado o instituciones públicas locales –, ven conveniente conceder a los proletarios ocupados condiciones de vida y trabajo mejores que las precedentes, también para evitar que la lucha proletaria se desarrolle sobre el terreno de clase. Condiciones que pueden deteriorarse en todo momento, según el periodo de crisis y según la capacidad de resistencia y lucha de la fuerza de trabajo asalariada, tal como lo demuestran los continuos ejemplos de empresas que cierran, los despidos, las bajadas de salarios, las reducciones drásticas de las pro-

tecciones sociales, el aumento de la incertidumbre y de la precariedad en el trabajo y en la vida. El progreso económico bajo el capitalismo, cuando no es interrumpido por las crisis, está asegurado por el capital, no por el trabajo asalariado: ¡el antagonismo entre trabajo asalariado y capital continúa, aun cuando no emerjan durante mucho tiempo, como en el periodo que estamos atravesando, en formas de lucha de clase!

Pero el progreso burgués se identifica también con el sistema político que responde a los principios de la democracia, los cuales afirman que cada individuo miembro de la sociedad tiene el poder de incidir en las decisiones que corresponden a todo el país al que pertenece, o un grupo de países como es el caso de la Unión Europea, a fin de que el movimiento económico de los capitales nacionales se dirija hacia el beneficio del progreso social general. Las clases dominantes hacen depender el progreso social del *crecimiento económico* de cada país y el crecimiento económico no es sino el crecimiento capitalista.

¿En qué consiste el crecimiento económico?

Consiste en la capacidad de cada empresa capitalista de sostener la lucha de competencia en los mercados internos de cada país y de cada mercado internacional, es decir, en su capacidad de aumentar la productividad del trabajo (baja de los costos de producción por unidad de producto), en otras palabras, disminuir sustancialmente el costo del trabajo, bajar los salarios, etc. con el corolario de desempleo, paralelo al aumento del costo de la vida (techo, transporte, productos de primera necesidad). En la relación entre capital y trabajo asalariado, relación fundamental de la sociedad capitalista por excelencia, la democracia no tiene ningún peso más que el de ilusionar a los proletarios con que, expresando sus propias opiniones, a través de un voto en un terreno completamente externo al que es inherente a la relación de producción, puedan, antes o después, hacer pesar sus opiniones en las decisiones de los portavoces políticos de los capitalistas a fin de contener su voracidad económica, financiera y social, concediéndoles un mejoramiento, aunque sea mínimo, de sus condiciones de vida y trabajo.

Efectivamente, la democracia burguesa ha representado en la historia un progreso político y social con respecto a la autocracia, la monarquía absoluta, el sistema feudal o el despotismo asiático, ya que en el periodo ascendente de la revolución burguesa, esta ha empujado a las masas campesinas y proletarias urbanas a participar en los movimientos revolucionarios necesarios para abatir los poderes de las viejas clases sociales dominantes. Con el capitalismo, luego de un periodo de intolerancia despótica, se ha desarrollado también la democracia, dando a las masas campesinas y proletarias

la posibilidad de organizarse por cuenta propia en defensa de sus intereses específicos inmediatos, protagonizando con ello experiencias de carácter político absolutamente impensables en periodos precedentes. Era un sendero obligado para las clases burguesas ya que para abatir a los viejos poderes tenían necesidad de la intervención violenta y armada de las masas campesinas y proletarias. Pero la democracia burguesa, una vez pasado el periodo revolucionario de una nueva estabilidad para el país en cuestión, pasado el siguiente periodo de relance reformista, se ha convertido en un instrumento inservible para la defensa inmediata misma de las condiciones de trabajo y vida proletarias, permaneciendo no obstante como instrumento muy útil a la defensa ideológica y política de la conservación social. El verdadero rostro de la dictadura de clase de la burguesía, con el pasar del tiempo y con el desarrollo del capitalismo, es cada vez más difícil de disfrazar con los medios y los métodos de la democracia.

Desde sus orígenes, la democracia burguesa se ha basado en un principio completamente falso según el cual delante de las leyes burguesas, que son las mismas del capital, todos son «iguales», y, por consiguiente, que el método y los mecanismos de gobierno de la democracia hacen que la opinión individual expresada por cada elector tenga el mismo peso más allá de las condiciones sociales de cada uno de estos electores; según el método democrático, la opinión individual se expresa a través del voto, por tanto el voto de uno tendría el mismo peso que el del resto de los votantes. En este sentido, en el plano político e ideológico, la democracia es un fetiche, así como lo es la mercancía en el plano económico y social. Fetiche, puesto que es absolutamente falso que en la sociedad dividida en clases antagonistas como es la sociedad actual, en la cual existe una clase dominante – la clase burguesa – que posee el monopolio completo de la economía y del poder político y militar, y una clase dominada – la clase proletaria – que solo posee fuerza de trabajo individual, lo que desea, ambicionan y piensan los componentes de la clase dominante tenga el mismo peso social de lo que piensan, ambicionan y desean los componentes de la clase dominada.

La democracia burguesa es una colosal tomadura de pelo, tanto más evidente en un periodo de crisis económica en que las condiciones de sometimiento del proletariado a la burguesía capitalista son mucho más dolorosas dado el aumento de la precariedad del salario y, por tanto, de la vida. Cualquiera que sea la caracterización que asuma la ideología burguesa en las diversas situaciones históricas, democrática o fascista, parlamentaria o presidencialista, «popular» o «directa», este material sometimiento de las masas proletarias al sistema económico capita-

lista de la cual depende su supervivencia es la base objetiva de la influencia ideológica de la burguesía sobre el proletariado. El capitalista tiene en sus manos la vida y la muerte de los trabajadores asalariados explotados en su empresa porque es del sistema capitalista general que dependen la vida y muerte de las grandes masas proletarias: en la sociedad burguesa, el capital quita y da el salario proletario, por tanto tiene el poder de dar y quitar la vida. Y este poder lo ejercita a cada minuto de cada día en la relación dominante establecida con el trabajo asalariado; pero, además, en la explotación de la fuerza de trabajo, los capitalistas, empujados por la congénita voracidad del beneficio, y en ausencia de una fuerte y organizada lucha proletaria en el terreno de clase, imponen condiciones de trabajo cada vez más inhumanas cuya demostración más clara es dada por los cada vez más numerosos infortunios y muertes en el trabajo, enfermedades profesionales, inmigrantes que, en búsqueda de una vida decente, mueren atravesando desiertos, mares y montañas. No pasa un día en Europa, o en cualquier otra parte del mundo, en que no haya víctimas del trabajo asalariado, en acerías y minas, en campos o canteras, en fábricas textiles o de calzados, incluso en las oficinas o en las calles, en que no se consuma una muerte lenta debida a la contaminación ambiental, al *mobbing*, a la fatiga producto de la carga excesiva de trabajo, o al trabajo clandestino y mal pagado; en suma, ¡los proletarios van *al trabajo como a la guerra!*

El engaño de la democracia burguesa, siempre lista para cantar el himno a la «soberanía popular», o a llamar de vez en cuando a las masas populares a que participen en las elecciones, con el fin de elegir o re-elegir a nuevos y viejos carceleros, sirve para ocultar que la sociedad capitalista está dividida en clases antagonistas; la realidad de la *dictadura de la burguesía*, mixtificando una igualdad inexistente, y para desviar las ganas de luchar del proletariado en los meandros impotentes de instituciones que solo sirven en los hechos para hacer pasar leyes útiles a sus intereses burgueses y hacer malgastar las energías proletarias que deben estar dedicadas más bien a la política y defensa de los propios intereses de clase. Con la democracia burguesa, de la que Europa se ufana de haber sido su cuna y de haberla enseñado al mundo, el proletariado no ha dado ningún paso adelante hacia su propia emancipación de clase de la esclavitud del trabajo asalariado; abrazando no solo el principio democrático sino también sus métodos y mecanismos, el proletariado no hecho más que reforzar su propia servidumbre al poder burgués, y cada fuerza política, sindical y social que propala en las filas del proletariado la utilidad de la democracia burguesa para sus intereses, inmediatos y generales, no es sino una fuerza

enemiga, una fuerza de conservación social que obra para mantener en pie el mayor tiempo posible al sistema capitalista de esclavitud salarial.

¿EL BIENESTAR SOCIAL?

Es innegable que en diversos países capitalistas avanzados también el proletariado ha logrado un tenor de vida más alto que en muchos países capitalistas atrasados o, como se dice ahora, «en vías de desarrollo». Europa, y sobre todo los países del norte de Europa, a la par de norte América, representan no por casualidad la mitad de los millones de emigrantes venidos de continentes que han conocido las formas más brutales y horrendas impuestas por la civilización burguesa y la larguísima estadía del colonialismo europeo (español, portugués, holandés, inglés, francés, belga, italiano, alemán, ruso, por citar los más importantes), más las consecuencias de los sucesivos dominios imperialistas de los cuales muchos se han «liberado» a través de la lucha de «liberación nacional», mas solo desde el punto de la opresión militar directa y no de la dependencia económica y financiera. Este mejor tenor de vida que los proletarios tienen con respecto a los otros proletarios no ha sido solo el producto de luchas, sobre todo del pasado, para conquistarlo y mantenerlo; se lo debe también a la gigantesca explotación que sus burguesías colonialistas e imperialistas de Europa, flanqueadas por las de Estados Unidos de América, además de las muy jóvenes y voraces burguesías imperialistas de Asia, así como de las más jóvenes burguesías nacionales que nada tienen que envidiarle a sus hermanas mayores.

El proletariado de los países capitalistas avanzados ha podido hasta ahora beneficiarse, a pesar de los golpes asediados por las crisis económicas sucedidas en el tiempo, de condiciones de trabajo sin duda cada vez más duras, pero nada comparables a las de los proletarios de Bangladesh, Egipto, Bolivia, Sudáfrica o China. Esta «diferencia», además de no representar para los proletarios de Europa un bienestar social duradero – puesto en evidencia cada vez que estalla una crisis económica –, se reduce cada vez más, acercando masas cada vez más numerosas de los países imperialistas a las pésimas condiciones proletarias que ya viven sus hermanos en los países de la periferia del imperialismo.

La tendencia histórica del capitalismo es la de proletarianizar masas cada vez más vastas, expropiando violentamente territorios cada vez más extensos y arrojando poblaciones enteras a la miseria y el hambre, convirtiéndoles de facto en un enorme *ejército industrial de reserva mundial* a explotar tanto en su país de origen, como en la emigración forzada;

(sigue en pág. 4)

Europa y las elecciones

(viene de la pág. 3)

con lo cual primar al proletariado de los países más avanzados, precisamente en términos de trabajo y vida, sin dejar de empeorarlos cada vez más. ¡El «bienestar social para todos», que es la promesa del reformismo y la Democracia, se traduce por un real «empeoramiento social generalizado»!

La tendencia histórica del movimiento obrero es resistir a la feroz presión del capitalismo organizándose para luchar en defensa de sus intereses inmediatos, dando nacimiento a un movimiento social, por tanto político, para eliminar la explotación capitalista de la fuerza de trabajo asalariada de la faz de la tierra. Europa, donde el capitalismo tuvo nacimiento, ha conocido en paralelo la lucha de los proletarios contra la violencia económica de los capitalistas y la violencia social de las clases dominantes burguesas que se concentra en su Estado, aun en el más democrático, abriendo junto a las primeras asociaciones económicas de defensa de clase, y los primeros movimientos huelguistas, el camino que lleve a la emancipación. *El proletariado se constituye en clase, por tanto en partido político*, afirma el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, *toda lucha de clase es lucha política*: la vía está históricamente trazada por el mismo capitalismo que, desarrollando la fuerza de trabajo, extrae plusvalor, por tanto, ganancias; la única clase que, justamente por la calidad de su explotación, posee dialécticamente la fuerza histórica para superar definitivamente el modo de producción capitalista y la sociedad creada a su imagen y semejanza.

Al desarrollo del capital corresponde el desarrollo creciente del trabajo asalariado que sin embargo no significa automáticamente desarrollo creciente de las fuerzas productivas (trabajo vivo) ya que el capital, para valorizarse, está obligado a aumentar enormemente la parte fija, constante (trabajo muerto) respecto a la parte variable, asalariada (trabajo vivo). El deterioro social generalizado se origina en esta relación típica del capitalismo: ¡el trabajo muerto se nutre del trabajo vivo! El hiperdemencial desarrollo del capitalismo ha llevado inevitablemente a la generación de crisis económicas y sociales cada vez más agudas en ciclos de tiempo cada vez más breves, crisis desconocidas para las sociedades precedentes: crisis de *superproducción*. Se producen demasiadas mercancías, demasiados capitales, más de lo que los mercados pueden abarcar; y, a la imposibilidad de consumir todo lo que se produce y que produzca una ganancia, se combina la imposibilidad por parte del capital de garantizar trabajo para todos, por tanto, un salario para vivir a toda la masa proletaria que en buena parte, sobre todo en

periodos de crisis, precipita en la miseria más negra.

Los proletarios, víctimas a sacrificar en el altar del dios Capital, permanecerán en estas condiciones mientras se sometan a los *diktat* burgueses, mientras sigan renunciado a usar la propia fuerza social, organizada y unida, sobre el terreno del enfrentamiento abierto de clase, superando divisiones y rivalidades fomentadas expresamente por las fuerzas burguesas, y otras fuerzas de la conservación social, religiosas, reformistas o colaboracionistas.

El «bienestar social» que los burgueses demócratas y las fuerzas del oportunismo político y sindical desearían repartir a las masas proletarias nada tienen que ver con la satisfacción plena de las exigencias existenciales de la clase proletaria, mucho menos de la especie humana en una relación armoniosa con la naturaleza; tiene más bien que ver con la tasa de ganancias respecto a la cual los burgueses pueden, sobre todo en fases sociales particularmente críticas para su dominio, aceptar cuotas menores de ganancias con el fin de acallar las exigencias vitales de las grandes masas virtualmente empujadas a rebelarse violentamente contra las condiciones de hambre y miseria a las que se les condena. A lo máximo, la burguesía organiza entes y asociaciones de caridad para no tener que recoger en las calles a millones de muertos de hambre o por enfermedad. El «bienestar social» que los demócratas burgueses conceden a una parte ínfima de los proletarios, con el fin de captar su apoyo en su lucha contra el proletariado como clase, tiene como contrapartida el desempleo, marginación, miseria, hambre para millones de proletarios. Este es el precio que la burguesía hace pagar a las masas proletarias para mantenerse en el poder y para continuar valorizando capital día tras día hasta arribar al crac de su civilísima economía, que se supera, naturalmente, con guerras cada vez más devastadoras, y con ellas acabar con hombres y mercancías, y así poder volver a comenzar a producir ganancias.

Pero los burgueses, además de aprovechar plenamente del poder económico y político, además de sacar provecho pleno de la rivalidad entre proletarios, pueden contar sobre otro potente factor de conservación social: *el oportunismo*, esto es, las fuerzas que provienen de las masas pequeño-burguesas, y de las mismas filas del proletariado, corrompidas con prebendas y privilegios de casta, típicos de la aristocracia obrera y organizadas en forma capilar en los estratos obreros: fuerzas que ejercen una influencia real sobre las masas proletarias, dirigidas directamente por la clase dominante que le otorga la patente de «representantes de los trabajadores»; fuerzas que tienen como objetivo la conservación social, puesto que de ella sacan sus privilegios y aseguran su supervivencia.

La democracia y el oportunismo son hijos del mismo engaño burgués. Con la democracia y sus instituciones electivas, administrativas y políticas, las masas proletarias jamás han podido ni podrán emanciparse de la esclavitud asalariada; siguiendo al oportunismo las masas proletarias no conquistarán jamás el bienestar social duradero para todos, primero porque el capitalismo no lo puede realizar, dado que su poder político está basado en las divisiones y la rivalidad entre proletarios y segundo porque el oportunismo se nutre precisamente, más allá de las palabras que usa en sus discursos, de esta competencia entre proletarios. La única unidad que la democracia reconoce es la «patriótica», es decir, la complicidad de todos los estratos sociales, y del proletariado especialmente, en la defensa de los intereses generales del capitalismo nacional ante las amenazas de los otros capitalismoes extranjeros rivales; el engaño electoral sirve para alimentar esta complicidad, esta participación, que significa el voluntario sometimiento de las masas proletarias a la dictadura del capital. La única unidad que el oportunismo persigue es exactamente la misma que persigue la clase dominante burguesa: la unidad patriótica, la unidad nacional, la unidad de las masas proletarias en defensa de la economía nacional en competencia en los mercados internacionales y, más tarde, del país, en caso de conflicto con otros países en competencia. A nivel parlamentario como a nivel sindical, no obstante situadas en terrenos diferentes, las grandes fuerzas tradicionales del oportunismo reformista, con el tiempo se han transformado en fuerzas decididamente colaboracionistas, arrojando a las ortigas – dado que después de más de ochenta años de falsificaciones del marxismo no sirven ya para confundir a las masas proletarias – el reclamarse del marxismo, de las revoluciones, de la emancipación proletaria, del comunismo; por fin, se han quitado la máscara que ya no les sirve para ocultarse. Pero en la sociedad burguesa las contradicciones sociales no acaban nunca y generan constantemente tensiones, rebeliones, saqueos, luchas, explosiones sociales que involucran más o menos a amplios estratos proletarios y que, potencialmente, reconstruyen aquellas grietas de donde puedan renacer el empuje clasista y el vínculo con la pasada tradición de clase del proletariado y en el cual poder insertarse la jamás desaparecida teoría del comunismo revolucionario, verdadera fuerza del movimiento real del proletariado que jamás ninguna propaganda, ninguna maniobra, ningún poder de la burguesía podrá vencer definitivamente.

Por enésima vez, los proletarios han sido llamados a participar a las elecciones para renovar el parlamento europeo. Han sido llamados a renovar la fe en una Europa que todas las fuerzas políticas y sindicales corrompidas por la ideología

burguesa sostienen cual fuese un amparo del cual las condiciones económicas y de vida de las masas proletarias y proletarizadas de los 28 países que la componen serán defendidos más allá de los intereses particulares de cada Estado miembro o de cada estrato social. Allí, en medio de fuertes polémicas, cohabitan fuerzas políticas y sindicales, igualmente corrompidas por la ideología burguesa, que se enfrentan en cuanto a la gestión política de la Unión Europea, acusando a «la Europa» de no hacer lo suficiente para sostener la economía y el crecimiento económico de unos y otros de sus países miembros, de ser capaces solo de imponer políticas de austeridad precipitando a países enteros en el desastre económico tal como Grecia, Portugal, España e incluso Italia, lanzando demagógicamente la amenaza de «salir de Europa», o de «salir del Euro», ilusionándose o creando la ilusión de que cada Estado nacional, en cuanto entidad política y económica afirmada y reconocida por todos los otros Estados, puede tomar decisiones en cada campo, en plena «independencia» con una renovada «autarquía».

Veamos esta *independencia*. En un mundo dividido entre 244 Estados y Dependencias extraterritoriales, en el cual un número reducido de países superindustrializados (el famoso G-20), por su potencia económica e imperialista, puesto que representan el 80% del PIB mundial y los 2/3 del comercio y de la población mundial, decide efectivamente de la suerte nacional y mundial de todos los países ¿de qué independencia estamos hablando? Las relaciones comerciales, económicas, financieras y políticas internacionales, creadas por el desarrollo capitalista mismo, no permiten a ninguna economía nacional, ni siquiera a los Estados Unidos de América, sobrevivir de manera separada del resto de la economía mundial. Esta es la realidad del estadio imperialista del capitalismo, causante tanto del desarrollo como del atraso de cada país del mundo; la competencia internacional genera inevitablemente factores de divergencias que a su vez empujan a las clases dominantes burguesas de los diferentes países a contraer alianzas de todo género, bien sea para reforzar la capacidad a enfrentar la concurrencia o simplemente para sobrevivir como clase dominante nacional. El caso de la Unión europea, señalada desde hace tiempo, visto el número de Estados miembros, como «Europa» no es para menos. La *independencia nacional* de cada Estado miembro depende, como se sabe, de la potencia o debilidad que su economía expresa y de esto se sigue que los Estados miembros más fuertes condicionan las decisiones de política económica, y por lo tanto social, de cualquier otro Estado miembro. No es una novedad que Alemania, sobre todo desde su reunificación nacional en adelante, represente la potencia europea más fuerte y sólida,

cosa que, por un lado, cataliza a los países más débiles que necesitan protección y un mercado cercano donde insertarse ventajosamente, y, por el otro, representa un factor de desestabilización política, que hoy es mantenida en los límites de polémicas verbales, y de divergencias que en un futuro tal vez no muy lejano, generarán factores de enfrentamientos militares.

Queda en pie, aún, el mito de la Europa unida, de los Estados Unidos de Europa, es decir, de una especie de federación políticamente unida de Estados que deberá superar el nivel de acuerdos económicos y monetarios que hasta ahora han acompañado la constitución de un «mercado común» y de una «moneda común». Este mito hoy parece apoyarse sobre bases menos frágiles que al final de la Segunda Guerra Mundial o en tiempos de la Primera, ya que las «cuestiones nacionales» que destrozaron a Europa por largo tiempo, aparecen «resueltas», incluso para las naciones que después de 40 años se han distanciado de la opresiva URSS y las naciones que formaban parte de la federación yugoslava. Al parecer hoy, en virtud también del pasaje a la moneda «única» y a una forma de gestión monetaria centralizada en manos del Banco Central Europeo, sería más ágil para los Estados europeos recorrer el camino hacia una «unidad política» no de fachada, sino que se asemeje más a la de los Estados Unidos de América. Pero este mito se enfrenta a la realidad del desarrollo contradictorio del capitalismo: las bases históricas de los capitalismoes nacionales y su desarrollo, en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, y otros países europeos, jamás podrán sepultarse en la retórica de la ideología burguesa mixtificadora. Queda sí, la actualidad de cuanto Marx y Engels escribieron en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848: *La burguesía vive en lucha permanente; al principio contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en divergencia con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países* (2). La comadrona de la historia no ha sido jamás la formalización constitucional de los Estados, sino la violencia económica, política, militar con la que la burguesía nacional se ha impuesto en cada país y en las relaciones con los demás países que según convenga económica o políticamente, por tanto militar, puedan constituir elementos de alianza o choque.

La Europa de los ciudadanos, la Europa de las patrias, la Europa de los trabajadores, o cualquier otra imagen que los burgueses puedan inventarse para darle forma al mito de una Europa unida, tratan de esconder una realidad que, con medios y métodos electorales, democráticos y pacíficos, jamás podrá realizarse. Tal como Marx y Engels y Lenin han combatido las tesis falsamente socialis-

tas de una federación de Estados, llamada Estados Unidos de Europa, por vía pacífica, así la Izquierda Comunista de Italia ha continuado la batalla política y teórica en la misma línea, demostrando con los eventos de la segunda guerra mundial y su posguerra, que la afirmación contenida en el *Manifiesto* de 1848 y en la obra de Marx era más que válida y que el desarrollo del capitalismo en imperialismo solo había trasladado el eje del dominio capitalista mundial de Inglaterra a los Estados Unidos de América, pero que no habían atenuado, sino que habían hecho más agudos los factores de divergencia entre capitalismoes nacionales, entre burguesías de cada país, las unas *extranjeras* para las otras y, por esta razón, fundamentalmente enemigas, aun si durante algunos lapsos de la historia vistiese la divisa de aliada.

Más allá del mito pacifista, ¿qué posibilidad hay de que se realice una unión burguesa de los Estados Unidos de Europa? Hay una sola posibilidad, la de la clásica violencia de guerra. En la historia, Inglaterra ya lo había intentado en la época de la gran revolución francesa de 1789; luego lo intentó Napoleón, buscando abatir los poderes feudales de Prusia, Austria-Hungría y de los Zares; y luego Prusia, detenida en 1871 a las puertas del París de la Comuna proletaria que demostró no solo que la burguesía se ha hecho la guerra constantemente, sino que, frente al peligro de la revolución proletaria, se alian todas en contra de esta última. Alemania también lo intentó, en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, pero antes de lograrla fue derrotada por las potencias imperialistas coaligadas en su contra. ¿Podría acaso lograrse, tras una serie interminable de elecciones en 28 países que se han aliado no para constituir una única «soberanía supranacional» (tal como debieran ser los Estados Unidos de Europa), sino reforzar en cada uno los confines de su «soberanía nacional»? Jamás lo logrará con métodos pacíficos y democráticos. Solo una nueva guerra mundial, en ausencia de revoluciones proletarias, volvería a dar a una potencia europea, Alemania por ejemplo, la posibilidad de intentar de nuevo someter a su dominio dictatorial a todos los otros Estados de Europa, excluyendo a Rusia, a pesar de tener con esta una política común frente a los americanos. Pero, por enésima vez, no se trataría de una tentativa de formación de una «entidad nacional» diferente, sino de la anexión violenta de todos los otros Estados al imperialismo europeo más fuerte; y si, en un determinado giro histórico surgiera una coyuntura que favoreciera al imperialismo más fuerte de Europa, tal conquista no se habrá concretado sin que esto no produzca factores para un ulterior enfrentamiento con otros imperialismos mundiales, léase Estados Unidos de

(sigue en pág. 6)

Europa y las elecciones

(viene de la pág. 5)

América, China, Japón que también compiten y tienen miras expansionistas y en una nueva repartición del mercado mundial. En este borrador completamente hipotético, no se ha tomado en cuenta al proletariado y la posibilidad que este tiene de reconquistar, precisamente en caso de participación en una guerra mundial, su *independencia de clase* y, por tanto, su exclusivo movimiento de clase anti-burgués y anti-capitalista.

Hoy, replegado como está en sí mismo, fragmentado en miles de riachuelos y asociaciones más o menos corporativas y colaboracionistas, el proletariado da la impresión de ser una fuerza al servicio exclusivo del capital, de los intereses burgueses empresariales y nacionales. Reclamarse de las tradiciones históricas de lucha clasista y revolucionaria le parece algo inútil y un esfuerzo impotente el hacer recordar un «pasado» que para muchos jamás volverá. El proletariado europeo ha dado mucho por la causa histórica del proletariado internacional, ejemplos fulgurantes de lucha tanto en el terreno de la teoría revolucionaria, como en el terreno del enfrentamiento social y armado contra las fuerzas burguesas de conservación democráticas y fascistas; y mucho más el proletariado ruso, punta de diamante del movimiento revolucionario del primer cuarto de siglo XX. Pero la revolución proletaria de Octubre 1917 ruso y la Internacional Comunista de 1920 fueron derrotadas y con ellas el resto del movimiento proletario revolucionario en todo el mundo. Volver a levantarse en términos de clase será una labor muy dura, ya que los proletarios europeos deberán hacer las cuentas de sus propias debilidades, sus complicidades pro-burguesas, sus temores a perder las susodichas «garantías» económicas que han conquistado en el tiempo, pero el mismo desarrollo capitalista, tanto en periodos de crisis como en los de reactivación económica, las está engullendo unas tras otras, aprovechando precisamente de la extrema debilidad de clase en la cual el proletariado se encuentra.

La Europa por la que los proletarios han sido llamados a votar, desde el punto de vista de la realidad económica y social es un recipiente completamente vacío, pero lleno hasta los bordes de derechos del hombre, la paz, la solidaridad entre los países que forman parte, la «justa repartición» de las ayudas destinadas a los jóvenes desocupados como a los emigrantes que huyen de sus países que han sido devastados por las guerras burguesas.

En esta ocasión, los burgueses de cada casta se han desgañado tratando de convencer a las masas de ir a votar, no importa por quién, lo importante es ir a las urnas, de modo que el engaño democrá-

tico genere un vínculo que permita a la compleja maquina democrática mantener eficaz la ilusión de que con el voto se facilitará el «cambio» para «mejorar» la vida «de todos».

No sabemos cuánto deberán todavía empeorar las condiciones de vida y trabajo de las masas proletarias para que se estas se transformen en impulsos hacia la rebelión y acción clasista. Pero cierto es que el desarrollo material de las contradicciones de esta sociedad traerán masas cada vez más numerosas de proletarios europeos autóctonos a seguir la horma rebelde de los proletarios inmigrantes que, irreductibles frente a las condiciones inhumanas en la cual las civilísimas democracias capitalistas europeas los explotan, se organizan como pueden para luchar con medios y métodos que reclaman, esta vez sí, justamente las pasadas luchas clasistas: ¡piquetes, interrupción salvaje del trabajo, solidaridad entre proletarios de diversas empresas!

Inútil hacerse ilusiones: es desde estos primeros pasos inmediatos, limitados, muy parciales, pero *clasistas* que los proletarios deben volver a luchar, reconociéndose como miembros de una clase que posee una fuerza social formidable cuando es dirigida, con medios y métodos de clase, sobre objetivos de clase en una perspectiva de lucha que no se reduzca a la renovación del contrato colectivo, la mejora salarial u otro derecho reconocido, sino que supere la competencia entre proletarios para ir hacia la unificación de la clase en función de la defensa de los intereses que corresponden a todos los proletarios de cada sexo, nacionalidad, sector o actividad.

A los proletarios italianos, españoles, franceses, alemanes, griegos o ingleses, a los proletarios inmigrantes tunecinos, sirios, soliseses, eritreos, argelinos, marroquíes, nigerianos, albaneses, palestinos o paquistaníes, no les debe importar si su patrón esclavista es filo-europeo, o euro-escéptico: la bestial explotación no cambia, la precariedad en el trabajo y en la vida no cambia; su salario, regular o negro, es siempre un salario que no basta para vivir decentemente; los infortunios del trabajo no disminuyen como no disminuyen las muertes en el trabajo.

A los proletarios de todo el mundo lo que les debe importar es la reconquista de su fuerza de resistencia a la presión y a la represión burguesas. Debe importarles la reconquista de su capacidad para transformar esta resistencia en una verdadera y legítima lucha de clase, de manera que cada proletario no se sienta ya solo frente a las decisiones patronales, frente a un mercado en el que solo ganan los capitalistas y jamás los proletarios.

Decir no al voto, abstenerse de ir a votar por las europeas o por cualquier otra elección política o administrativa, es ciertamente una demostración de descontento contra una acción que ja-

más ha dado los frutos que siempre promete. Pero para no replegarse en la miseria de la vida individual y cotidiana condicionada por el mercantilismo al cual está condenada toda relación social, en la competencia despiadada que se hacen los proletarios entre sí, en el agobio o la resignación, y para que las energías más vivas de la sociedad no se vuelvan un instrumento más o menos dócil de la servidumbre al capital, los proletarios deben reaccionar sobre un plano no individual sino social, no de presencia sino de lucha que no acepta la praxis democrática que lleva siempre a bajar la cabeza frente al verdadero poder dominante que de democrático no tiene nada, puesto que el capital ejerce su poder mediante la despótica y despiadada dictadura de quien dispone de la vida y muerte de millones y millones de proletarios.

A la burguesía de cada país le interesa que los proletarios utilicen los instrumentos políticos que refuerzan el poder de la clase dominante, que refuercen la superestructura estatal e institucional construida para defender a la propiedad privada, y al modo de producción capitalista, por ende el trabajo solo en forma asalariada y a la disponibilidad de la producción social solamente bajo la forma de apropiación privada por parte de los dueños de capital. La democracia electoral y parlamentaria sirve sobre todo a estos fines. Pero cuando las tensiones y contradicciones sociales se agudizan, poniendo en movimiento a las masas proletarias sobre el terreno de clase, la burguesía ha demostrado ya que no tiene ningún problema a la hora de hacer saltar toda forma democrática y legalista y transformar su gobierno en un gobierno de abierta dictadura militar y fascista. La democracia burguesa es también una mercancía de canje: con el fin de mantener sometido el proletariado a los intereses burgueses esta «mercancía» se alaba como si fuese el bien más precioso, pero cuando la situación social cambia y las clases proletarias retornan al terreno del abierto antagonismo de clase, finalmente reconocido y aceptado, los derechos democráticos y las leyes que los proclaman terminan bajo el talón de hierro de una dictadura que jamás ha dejado de serlo: simplemente estaba enmascarada por los numerosos oropeles que la ideología burguesa logra fabricar para estupidizar a las grandes masas proletarias.

Que el próximo parlamento europeo sea dirigido por fuerzas sedicentes de izquierda en lugar de fuerzas de derecha, para el proletariado de cada país de Europa no cambiara nada sustancialmente. Sus intereses de clase, aquellos más profundos que ligan la suerte de un proletariado a la de los otros, podrán ser defendidos siempre y solo con medios y métodos de lucha clasista, con objetivos que no pueden ser compartidos ni por las clases burguesas, por mucho que se di-

gan democráticas, ni por los estratos que se precian de llamarse *sectores medios* pero que en realidad son los estratos de la pequeña burguesía siempre demonio encarnado de los mitos burgueses de igualdad y libertad, congénitamente mercenarios e intoxicados hasta la médula de todo tipo de superstición reaccionaria.

El proletariado, única clase revolucionaria de la sociedad burguesa, no tiene nada que defender o ganar en la sociedad que lo masacra cotidianamente bajo el régimen dictatorial de la explotación capitalista; tiene un mundo que conquistar. Pero ese mundo no es la Europa «de los ciudadanos» o cualquier forma de unión de los Estados burgueses actuales, mucho menos los mitificados Estados Unidos de Europa, que si alguna vez se creasen, no serían otra cosa que otro potente centro imperialista del capitalismo, enemigo aún más fuerte y armado de lo que es hoy.

El proletariado de los países más avanzados, sobre todo de la Europa occidental, precisamente a causa del desarrollo del imperialismo en el mundo y de sus consecuencias en términos de guerras de rapiña, de opresión nacional y crisis económicas, se encuentra constituido por los trabajadores autóctonos y por los trabajadores provenientes de los países extra-europeos, de las viejas colonias y de los países del joven capitalismo que no están en condiciones de explotar dentro de sus propias fronteras al proletariado indígena; es un proletariado formado por trabajadores nativos y por trabajadores emigrados forzosamente y también por varias generaciones: es un proletariado, de hecho, internacional.

Contra el mito burgués europeísta, contra la falsa identidad de una Europa soldada y atenta al bien común, el proletariado tiene el interés y el deber de unirse por encima de cualquier diferencia de nacionalidad, transformando el ejército de trabajadores asalariados al servicio del capital en un ejército de proletarios que combaten por su propia emancipación uniéndose en una única lucha de clase revolucionaria.

El mundo que el proletariado conquistará será el producto de una revolución internacional que podrá iniciarse en uno o más países de Europa o en el resto del mundo, una revolución que encontrará su base material no sólo en las condiciones de vida de los trabajadores asalariados y en su tenaz lucha de clase contra la burguesía de sus propios países, sino también en el hecho de que sus nacionalidades originales se desdibujan a favor de una internacionalidad concreta que resalte de manera evidente que las condiciones de vida de los proletarios de cualquier país, sus condiciones de explotación y de opresión, están determinadas bajo cualquier cielo por el mismo régimen económico y

político capitalista.

Las clases burguesas dominantes tratarán siempre de aumentar la competencia entre proletarios autóctonos e inmigrantes porque esta competencia refuerza su poder sirviendo sometiendo cada vez más al capital tanto a los proletarios autóctonos como a los proletarios inmigrantes. La clase proletaria, por su parte, tiene todo el interés en superar cualquier competencia por nacionalidad, sexo, edad y sector de trabajo uniéndose en la lucha común contra la burguesía en cualquier país.

La lucha revolucionaria del proletariado podrá vencer, en condiciones históricas favorables, en uno o más países capitalistas avanzados o en vías de desarrollo, pero su gran objetivo político será siempre el mismo: despedazar el Estado burgués, demolerlo y sustituirlo con la dictadura del proletariado que será inevitablemente internacional. Contra la dictadura internacional del capital, dictadura internacional del proletariado; contra la dictadura de las clases burguesas nacionales, dictadura internacional del proletariado.

El mundo que abrirá la revolución internacional del proletariado será, mañana, la nueva sociedad de especie, la sociedad comunista en la cual el modo de producción no tendrá más como objetivo la satisfacción de las exigencias del mercado, de las mercancías y de los capitales, sino la satisfacción de las necesidades de los seres humanos, superando completamente la división de la sociedad en clases y cualquier forma de opresión. Una sociedad hecha de seres sociales y nunca más de burgueses y proletarios.

Para llegar a este resultado histórico, anticipado en la teoría marxista, el proletariado debe necesariamente romper todo vínculo que lo liga a la conservación social, sean estos de orden político, social, ideológico; debe volver a constituir sus asociaciones de defensa económica sobre bases clasistas, rompiendo las relaciones con las cuales el colaboracionismo sindical y político lo confinan al servicio exclusivo del capitalismo; debe retomar la lucha sobre el terreno abierto del enfrentamiento de clase, puesto que su perspectiva histórica no es confundirse en el magma informe llamado «pueblo», sino la de separarse de los métodos y prácticas interclasistas, marchando hacia la conquista del poder político que es el único verdadero poder que puede dar el punto de apoyo al proletariado para transformar la sociedad presente en una sociedad superior. Es en esta trayectoria de lucha clasista que el proletariado podrá volver a encontrarse con su *partido de clase*, como ya ha ocurrido en ocasiones históricas precedentes, en particular durante el periodo revolucionario coronado con la victoria bolchevique en los años 1917-1926.

El proletariado arrastra una gran historia sobre sus espaldas y tiene una gran historia en su futuro, una historia que ha

hecho temblar a todas las clases dominantes burguesas del mundo porque han visto con el triunfo de la revolución proletaria su muerte definitiva; pero con ellas tiemblan también todas las fuerzas del oportunismo que, aun con todos los mimetismos que utiliza incluso «revolucionarios», han sido identificados, combatidos y derrotados no solo en el plano teórico, sino en el plano concreto, del anarquismo al socialdemocratismo, pasando por el socialpacifismo. Y es gracias a estas formidables experiencias que el movimiento revolucionario, condensado luego en la corriente de la Izquierda Comunista, ha logrado resistir, aun con fuerzas muy modestas, al tsunami del estalinismo y post-estalinismo que todo falsificó y destruyó, pero que nada ha podido contra la fuerza de la teoría marxista que todavía hoy, en su invariancia, interpreta y explica con exactitud científica los fenómenos del desarrollo capitalista y su inevitable desequilibrio en las crisis económicas y, en una mañana, nuevamente en la crisis revolucionaria; teoría que representa la guía segura a las pocas fuerzas que hoy representan el embrión del partido de clase de mañana y que, mañana, señalará el camino a las grandes masas proletarias del mundo entero.

¡ Quien viva, verá!

(1) Cfr. *Arbeitsgemeinschaft Krieger uranchenforschung*, Institute for Political Science, University of Hamburg, citado en http://www.presentepassato.it/Dossier/Guerrapace/Documenti2/doc2_3.htm

(2) Cfr. *Manifiesto del partido comunista*, de Marx-Engels, Ediciones Pekin, 1973, pág. 45.

Visita el sitio del Partido:
www.pcint.org

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>) - de la que se ha tomado.

LA MONARQUÍA DE FELIPE VI

(viene de la pág. 1)

riosa de reorganizar los sectores estratégicos de la economía nacional para defender su posición en los enfrentamientos con sus rivales imperialistas y esta tarea no podía realizarse si la forma del Estado continuaba siendo la «democracia orgánica» que había existido desde el final de la Guerra Civil: era necesario realizar una reforma democrática que permitiese extender la ficción de que el proletariado podía ver realizadas sus aspiraciones no mediante la lucha en defensa de sus intereses de clase sino mediante la colaboración con la burguesía que garantizaban las elecciones, las Cortes, la Constitución y la Monarquía parlamentaria y de que debía aceptar los sacrificios que se le exigirían a favor del bien común, la democratización del Estado y la buena marcha de la economía. La burguesía alemana por medio de su partido socialdemócrata, la burguesía francesa como principal potencia con intereses en España, los mismos Estados Unidos y, por supuesto, la llamada oposición democrática (que abarcaba desde el nacionalismo vasco y catalán hasta los partidos de extrema izquierda unidos en la llamada *Platajunta* democrática pasando por el PCE) colaboraron codo con codo para garantizar que esta reforma institucional se realizase con el mínimo coste posible (aunque, por supuesto, hubo costes insalvables que se asumieron sin problemas: la Transición fue de todo menos pacífica como demuestran los cientos de muertos habidos durante el proceso).

Se trató, en definitiva, de una remodelación del régimen franquista (que ya era considerablemente diferente del que se impuso en 1939) realizada por el mismo aparato del Estado, que se dio la mano con los partidos de oposición a los que encomendó la tarea de mantener, mediante su influencia en la clase proletaria, a los trabajadores dentro del respeto del pacto social establecido. De esta manera la Constitución monárquica fue aceptada tanto por los sectores del Régimen franquista que representaban el dominio de la burguesía desde hacía casi cuarenta años como por los partidos llamados obreros que sometieron a los proletarios a la disciplina necesaria para que el proceso se realizase sin excesivas dificultades. De hecho estos partidos, capitaneados por PCE y PSOE impusieron el orden incluso en las calles, atacando sin miramientos cualquier huelga o protesta que pudiese en peligro incluso los aspectos más secundarios de la reforma, obligando a los proletarios a aceptar la primacía del interés nacional por encima de sus intereses de clase, colaborando también con la guerra sucia ejercida especialmente contra los

militantes de ETA... Quienes hoy claman por la III República no sólo están en el origen de la Constitución monárquica sino que la defendieron a capa y espada contra cualquiera que se opusiese a ella.

Hoy el llamado *juancarlismo* ha tocado a su fin: la figura del rey se encontraba sumamente desgastada como consecuencia de un progresivo desgaste general de la confianza en las instituciones públicas y de los escándalos particulares que han tocado a la Familia Real. Para que el mito de la colaboración democrática siga en pie, sobra el rey, que se ha hecho blanco de todo el descontento en los últimos años. Con la abdicación se pretende atenuar esta tensión, renovar la jefatura del Estado y con ella la confianza en este, contribuir, en una palabra, a hacer gobernable un país en crisis también por esta vía.

A la vez que la monarquía representada por Juan Carlos I se ha desprestigiado hasta el punto de ser un elemento de tensión más que de cohesión social, este malestar generalizado que afecta tanto al proletariado como a ciertos sectores de la pequeña burguesía, ha encontrado su expresión política en una vieja y nueva izquierda parlamentaria que defiende la ilusión democrática de que un cambio en el modelo de Estado, el paso de la monarquía a la república, lograría mejorar las condiciones de vida del *pueblo*. Esta ilusión se basa en dos puntos. Por un lado, en la idea de que la república es la máxima expresión de la democracia, que la democracia, a su vez, es un régimen político que se coloca más allá del capitalismo y en el que, por tanto, crisis y miseria quedan excluidas definitivamente. Por otro lado, en la fantasía de que las penosas condiciones de existencia a las que ha sido arrojado el proletariado, clase que constituye la gran mayoría de la sociedad en el mundo capitalista, son consecuencia no de una crisis capitalista consecuencia de la caída de la tasa de beneficio empresarial, sino de una *estafa* por la cual las élites dirigentes habrían expoliado a las *clases populares* de sus derechos sociales y económicos. A partir de estos puntos, la república permitiría reorganizar el país de manera que todas las clases sociales conviviesen armónicamente, sin enfrentarse y para mayor gloria de la economía nacional (puesta ahora al servicio del *pueblo*, claro)

El mecanismo es el mismo que en 1978 con la Constitución monárquica: es posible un país en el que, mediante la reforma democrática, todas las clases sociales coexistan en paz. No debe haber, por lo tanto, lucha entre proletariado y burguesía, sino conciliación democrática (monárquica ayer, repu-

blicana hoy). Y también es el mismo que defiende la burguesía española haciendo abdicar a Juan Carlos. La equivalencia entre monarquía y república la muestran claramente sus respectivos defensores, que utilizaron y utilizan los mismos argumentos y pretenden los mismos fines. De hecho los partidos republicanos que han defendido una hipotética III República lo han hecho desde el máximo respeto a la Constitución monárquica de 1978, que es la máxima ley con la cual la burguesía sanciona su dominio sobre el proletariado: convocatoria de un referéndum, modificación democrática del Estado, papel central de las Cortes en el proceso... Pretenden que el Estado se reforme a sí mismo, cambiando de ropaje para cumplir mejor su función de clase. De hecho se trataría de una repetición del famoso *harakiri* que las Cortes franquistas se hicieron para dar paso a la monarquía constitucional: en ambos casos se trata de defender términos el Estado burgués, cualquiera que sea su forma.

Los intereses de la clase proletaria no se verán satisfechos ni bajo la monarquía de Felipe ni bajo la III República. Para el proletariado lo esencial no es la forma que adopte el Estado, sino la misma existencia del Estado burgués, que ejerce la función de imposición y defensa de los intereses del capitalismo nacional tanto en lo referente a la situación interna como en lo que afecta a su rivalidad con los imperialismos extranjeros. Esto no quiere decir que le sea indiferente la forma del Estado, esta forma responde a fuerzas materiales entre las cuales ocupa un lugar principal el enfrentamiento entre las clases. No se puede descartar que mañana, como consecuencia de una agudización de la lucha del proletariado la propia burguesía, sometida a la presión de esta lucha, hiciese girar el Estado hacia formas republicanas. Se trataría de una manera de disipar temporalmente la tensión social y encaminar al proletariado, de nuevo, por la senda de la sumisión a la fuerza política de la burguesía. Así sucedió en 1931, cuando la burguesía española se vio incapaz de gobernar el país por la vía monárquica y le bastaron unas elecciones municipales para echar a Alfonso XIII e imponer un gobierno de partidos republicanos. Un año después, la República asesinaba a los campesinos de Casas Viejas; dos, a los proletarios del Alto Llobregat; en 1934 a los asturianos y en 1936 comenzó el exterminio del proletariado revolucionario que acabaría el régimen franquista.

No hay salida para las aspiraciones del proletariado dentro del sistema capitalista y su Estado. La clase proletaria está enfrentada a la clase burguesa como consecuencia del mismo sistema capitalista, que generaliza la producción social pero la somete a

Miles de inmigrantes llegan a las costas españolas. ¡El capitalismo europeo sólo ofrece represión y miseria a estos esclavos modernos!

Como todos los años, el verano da lugar a la llegada a las playas del sur de la península de miles de inmigrantes subsaharianos, que se suman, gracias al buen tiempo y al mar calmado de estas fechas, a los que, durante todo el año, se juegan la vida para saltar la valla que separa Melilla de Marruecos. La policía española y marroquí, unidas a la Guardia Civil y al ejército, vigilan con un impresionante y carísimo despliegue de medios las aguas fronterizas, capturando las pateras que cruzan el Estrecho para apresar a los inmigrantes y poder encerrarlos en los centros de internamiento. ¡Una movilización de fuerzas propia de los tiempos de guerra para evitar que la civilizadísima y humanitaria Europa sea molestada por las masas de hambrientos que huyen de la miseria!

Durante la pasada década, en el periodo de auge económico de España y del resto de países de Europa, los inmigrantes marroquíes, subsaharianos y sudamericanos, vieron en estos países una vía para escapar de la pobreza crónica a la que estaban condenados en sus lugares de origen. Las posibilidades de encontrar un empleo que, en términos comparativos, era mejor que cualquiera de los que pudiesen encontrar en Ecuador, Nigeria, Rumanía o Marruecos, crearon grandes corrientes de flujos migratorios que se dirigieron hacia países habitualmente exportadores de inmigrantes, como España o Italia. Las burguesías de estos países no tuvieron ningún problema en asumir esta entrada de mano de obra barata: la expansión económica requería un aumento de la oferta de trabajadores que permitiese mantener los salarios en niveles aceptablemente bajos. De hecho, ni por un momento la burguesía dejó de someter a los inmigrantes que llegaban a España, Italia, Francia, etc. a un control riguroso, basado en vejaciones e intimidaciones constantes, porque era la manera perfecta de mantener a estos nuevos proletarios controlados y sometidos a las exigencias de la economía nacional. De esta manera, durante los años de bonanza económica es cuando se desarrollaron todos los sistemas de seguridad exterior e interior que hoy conocemos: los radares para localizar las embarcaciones, las verjas electrificadas o con cuchillas para evitar la entrada en las ciudades africanas de España, los centros de internamiento, los controles policiales en las grandes ciudades... Policía, ejército y Guardia Civil actuaron como auténticos reguladores de la mano de obra entrante. El famoso “efecto llamada” provocado por las políticas de regularización que llevó a cabo el PSOE, tuvo su contrapartida en cientos de inmigrantes muertos en las aguas del Estrecho y miles de ellos encarcelados y deportados a sus países de

origen. Eso cuando no en las batidas armadas que los propios patronos agrícolas organizaron para dar “caza al inmigrante”, como

sucedió en El Ejido (Almería) después de la huelga de los trabajadores del campo marroquíes. En la sociedad capitalista el trabajador es una mercancía, cuya circulación está sometida, exactamente igual que la de las demás, a la ley de la oferta y la demanda y a sus consiguientes políticas restrictivas, a las adulteraciones y, llegado el caso, a la destrucción de las unidades sobrantes.

Hoy, en medio de la crisis capitalista más profunda que se recuerda, la política burguesa hacia la inmigración se ha vuelto más dura en la medida en que, también, han aumentado las causas para emigrar. El capitalismo nacional ya no necesita más mano de obra porque le sobra con la que dispone en su propio país y un exceso implicaría más gasto en mantenerla, más inversiones no rentables para permitirle subsistir aún en términos miserables, etc. Es por ello que se vuelca, empleando una cantidad de recursos ingente y extremadamente cara, en impedir que los inmigrantes accedan por ninguna vía a España. Es por ello que se exige el concurso de los socios europeos para que corten los flujos migratorios. Mientras tanto, la zona fronteriza de Marruecos, los bosques más próximos a la costa mediterránea del país, son habitados por miles de inmigrantes subsaharianos que esperan poder entrar en España. La civilizadísima España no tiene ningún problema en condenar a la muerte a estas personas si con ello logra mantener en el nivel adecuado la mano de obra. Las leyes nacionales, que se vanaglorian de estar inspiradas en los Derechos Humanos y el respeto a la vida, se vuelven cada vez más sofisticadas en lo que se refiere a perseguir y condenar tanto a los inmigrantes como a quienes les prestan ayuda. Finalmente, la sacrosanta democracia española, enemiga del terrorismo y de las dictaduras, colabora mano a mano con el monarca marroquí, gran ejemplo de liberalidad y constitucionalismo como todo el mundo sabe, para asesinar a los inmigrantes mediante ejecuciones sumarias a cargo de la policía de ambos países en las playas de llegada.

La burguesía española, principal responsable de la emigración por cuanto ha contribuido junto con sus colegas europeas a expoliar los países de origen de los inmigrantes y a desarrollar en ellos a una burguesía autóctona subsidiaria de las grandes potencias mundiales que mata de hambre a su población, pretende que su política anti migratoria está diseñada para defender a la población del país. Pero ¿de qué la defiende realmente?

Por un lado, afirma que los trabajadores inmigrantes roban el trabajo a los proletarios españoles. Es una afirmación tanto más cínica cuanto

(sigue en pág. 20)

LA MONARQUÍA DE FELIPE VI

las categorías de propiedad privada y trabajo asalariado, con lo cual la clase productora cae una y otra vez en la miseria, es utilizada como carne de cañón en las guerras imperialistas, es exterminada como fuerza de trabajo sobrante que es cuando la economía nacional ya no la requiere... La clase proletaria lleva en sí un nuevo modo de producción que se levantará sobre los cimientos del actual, basado en la explotación del hombre por el hombre. Pero para imponerlo, debe luchar en primer lugar por aniquilar el Estado burgués, cualquiera que sea la forma que este adopte, totalitaria o democrática, republicana o monárquica, porque es el instrumento de dominio político que utiliza su enemigo de clase para gobernarle. Debe sustituir este Estado por su propio Estado de clase, que ya no es un Estado en el sentido habitual del término (Engels), y ejercer a través de él su dictadura sobre los restos de la clase burguesa y el resto de clases aliadas a esta, que sin duda no

abandonarán su época histórica sin batirse a sangre y fuego. A través de esta dictadura no sólo deberá romper la resistencia de la burguesía sino también intervenir despóticamente sobre la economía para comenzar a sentar las bases de la transformación socialista de la sociedad, una transformación que volverá inútil por fin la existencia de cualquier tipo de Estado en la medida en que desaparecerán las clases sociales (y no el enfrentamiento entre las clases como estúpidamente proponen los reformistas de todo tipo), haciendo innecesaria ningún tipo de coerción política.

Frente a la disyuntiva monarquía o república, el proletariado sólo tiene una alternativa: constituirse en clase, y por lo tanto en partido político, para imponer su proyecto histórico, la revolución comunista. Frente a las propuestas republicanas, que pretenden ligar a la clase proletaria a una lucha interclassista junto a pequeño burgueses y burgueses, con la estúpida aspiración de acabar con el antagonismo entre clases sin acabar con las clases, el proletariado

sólo puede dar una respuesta: luchar sobre el terreno de sus exigencias inmediatas contra la burguesía (pequeña y grande), responder a las agresiones que sufre en la crisis capitalista con su agresión de clase a los intereses de sus enemigos. Extender sus organizaciones de clase que incluyan únicamente a proletarios y rompan la presión que la competencia entre obreros ejerce sobre los salarios y las condiciones de vida. Tomando la vía que, de la lucha económica difusa, se eleve, gracias a la intervención del partido de clase, a la lucha política general, clase contra clase. Frente a la bandera rojigualda y la bandera tricolor, el proletariado sólo puede levantar la bandera roja de la revolución social, de la destrucción del Estado burgués y de la superación del modo de producción de capitalista.

¡Abajo la monarquía, la república y cualquier forma del Estado burgués!

¡Por la reanudación de la lucha de clase!

¡Por la revolución comunista!

5 de junio de 2014

A la muerte de Santiago Carrillo (y 3)

A lo largo de los dos anteriores artículos dedicados a la muerte de Santiago Carrillo, hemos expuesto, intentando ratificarlo mediante el balance de la experiencia histórica de la que este personaje fue figura clave, la verdadera relevancia de quien tuvo el dudoso honor de ser representante de la Juventud Socialista en época de la II República, puente entre el PSOE y el PCE en el momento en que el segundo absorbe a una parte sustancial (se ha dicho falsamente que la parte más radicalizada) del primero, líder comunista indiscutible a las órdenes de la contra revolución estalinista y, finalmente, prohombre de la restauración democrática tras 1975. En pocas palabras, hemos intentado seguir el hilo blanco de la contra revolución organizada por la burguesía española y europea junto a sus aliados del oportunismo estalinista y socialdemócrata fijándonos en uno de sus caras más conocidas. Y esto no lo hacemos porque consideremos que el papel jugado por Carrillo en cada uno de los respectivos puestos que ocupó hubiera tenido un sentido diferente al que tuvo en el caso de que otra persona se hubiese hecho cargo de él sino porque su existencia física, supeditada siempre a la fuerza histórica de la lucha entre la clase proletaria y la clase burguesa de la que fue fiel servidor, representa la continuidad histórica en la disposición material del oportunismo a desempeñar siempre el papel de escuadra de choque contra el proletariado revolucionario. Tampoco se trata de que en Santiago Carrillo encarnemos la esencia la reacción anti comunista como si de un endemoniado se tratase, porque para nosotros esta suerte de personalismo romántico no deja de ser un resabio de la superstición que la burguesía creyó liquidar en su época revolucionaria y a la que se ha agarrado de nuevo una vez concluyó su papel progresivo en la historia para blindar su dominio de clase. Para nosotros, comunistas revolucionarios que vemos la historia como la historia de la lucha de clases y a los hombres como meros engranajes de la fuerza material de la especie humana que se expresa en ella, se trata de colocarnos *siempre* sobre el hilo del tiempo y constatar que la función histórica que han jugado los enemigos del proletariado se revela en el hecho de que incluso personajes cuya vida útil podía darse por amortizada (los términos contables siempre son caros a la burguesía) reaparecen para rematar la faena que empezaron en sus años jóvenes.

En el anterior número de *El Proletario* habíamos dejado a Santiago Carrillo a las puertas de la Guerra Civil española, una vez la insurrección del octubre asturiano había sido liquidada y con ella el proletariado arrojado violentamente a la colaboración con la burguesía y la pequeña burguesía republicanas en el Frente Popular. En el periodo que prosigue la historia ha sido escamoteada por el mito y las leyendas, que como este juegan una función de primer orden en la ideología de la burguesía, han ocupado el lugar del balance que el proletariado debería haber extraído de los hechos. En este sentido, poco importa si Santiago Carrillo ordenó fusilar a los miles de presos de la cárcel Modelo de Madrid en Paracuellos del Jarama, como, para una época posterior, poco importará si se mantuvo de pie o se tiró al suelo durante el golpe del 23 de febrero de 1981. Ni uno ni otro episodio, inclinado hacia uno u otro lado, puede cambiar el hecho de que la historia de la Guerra Civil, en la que Carrillo jugó un papel importantísimo, es la historia de la guerra que la burguesía de ambos bandos realizó contra el proletariado que quedó en uno u otro lado de las trincheras. Todos los acontecimientos que tuvieron lugar, leídos desde esta óptica, cobran un significado que destruye la absurda mitología de «izquierdas contra derechas» o la aún peor de las «dos Españas».

La reconstrucción minuciosa de los hechos que tuvieron lugar durante la Guerra Civil escapa a las posibilidades de este artículo, de manera que trataremos, simplemente, de evidenciar con algunos episodios la gran falacia que hace de Carrillo un defensor de la clase proletaria frente a la reacción fascista. De hecho, Carrillo apostó siempre y en todo lugar por las medidas más directamente anti proletarias, contribuyendo a la organización de las fuerzas burguesas en un partido único en la zona republicana y, en última instancia, exigiendo al proletariado que sacrificase su vida para defender los intereses imperialistas de la Unión Soviética de Stalin. Desde el

primer momento, no puede encontrarse en su biografía absolutamente nada de aquello que sus posteriores panegíricos han dicho.

En los primeros meses de la contienda, una vez vuelto a Madrid (la Guerra Civil estalló mientras se encontraba en Francia), Carrillo ocupó el puesto de Consejero de Orden Público en la Junta de Defensa de la capital. Este organismo, es necesario decirlo, se había creado por la participación conjunta de los partidos del Frente Popular y de la CNT en un organismo supeditado, exclusivamente, a la defensa militar de la ciudad dado que el gobierno de la República, ante el avance del ejército Nacional hasta los suburbios de Madrid, había optado por huir a Valencia porque estaba prácticamente convencido de que la capital caería en manos de los sublevados en poco tiempo. La situación de la Junta era por tanto delicada. Por un lado, la ciudad se encontraba sitiada por el enemigo mientras que los máximos dirigentes del gobierno y de los partidos del Frente Popular habían abandonado la ciudad. A su vez, esta ciudad no había caído desde el primer día en manos de los nacionales porque su proletariado (un proletariado rejuvenecido por las recientes migraciones que habían conformado los barrios del Norte y entre el cual se rompía la hegemonía socialista debido a la acción de una vigorosa CNT que, a día 18 de julio, tenía sus locales clausurados por orden gubernativa) se había lanzado contra los cuarteles sospechosos de sumarse al alzamiento y los había tomado por la fuerza de las armas. Sin buscar analogías que sólo podrían ser anecdóticas, se evidencia que, para un marxista como decía ser Santiago Carrillo en aquella época, la situación era evidentemente similar a aquella que vivió París en 1871 y que dio lugar a la Comuna, primer Estado proletario de la historia. Entonces, en *La guerra civil en Francia*, Marx escribió al respecto:

En la alborada del 18 de marzo de 1871, París despertó entre gritos de Vive la Commune! ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses?

«Los proletarios de París –decía el Comité Central [de la Internacional ndr] en su manifiesto del 18 de marzo-, en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos... Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el Poder» Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines.

Es decir, la única alternativa que el proletariado tiene para no ser carne de cañón en las guerras imperialistas, tal y como lo demostraría en 1917 el proletariado ruso, es la toma del poder, la destrucción de la maquinaria estatal burguesa y la imposición de su dictadura de clase. De esta manera, en el periodo histórico en el que todos los ejércitos están coaligados contra el proletariado, que es el periodo que abre precisamente la Comuna de París y que sólo se cerrará con la victoria revolucionaria del proletariado, la lucha de la clase proletaria ya no se encamina a apoyar a una u otra facción burguesa, ya sea esta francesa o alemana, republicana o fascista, sino a combatir a ambas. En 1936 la situación no era diferente para los proletarios de la Madrid sitiada y abandonada por el gobierno (como tampoco lo era para los de la Barcelona del Comité Central de Milicias Antifascistas). Santiago Carrillo, aunque no fue nunca un lector entusiasta de Marx, no lo ignoraba. Sin embargo sus actos fueron completamente diferentes de aquellos que se esperarían de un marxista de la izquierda socialista, como pretendía serlo él.

Como encargado de la seguridad pública, un cargo de la máxima responsabilidad en una situación como la de Madrid en aquellos días su tarea consistió, esencialmente, en atacar a las patrullas obreras que tenían una fuerte presencia en la ciudad a resueltas del hecho de que estaban constituidas por los mismos proletarios que habían liquidado el golpe en la capital. Así lo reconoce él mismo en sus memorias, donde, a lo largo de las páginas que dedica a estos meses de la guerra, se afana en tachar de aventureros a los proletarios encuadrados en la CNT. De hecho, llegó a exigir a la Junta la condena a muerte para un obrero

de una patrulla de control que había disparado contra el automóvil de Yagüe (militar representante de la UGT en la Junta de Defensa) con el fin de «no sólo sancionar el crimen, sino ver si de una vez acabábamos con esas patrullas de incontrolados» Incontrolados estos que, tras haber frenado a los militares golpistas en la ciudad, disparaban contra los representantes de quienes la habían abandonado para verla caer desde Valencia y en los que Carrillo veía la fuerza del proletariado, aún no completamente domesticado, que se debía exterminar para asegurar el buen gobierno de la burguesía.

Finalmente, como es sabido, Madrid no cayó en manos del ejército de Franco. La población obrera de la ciudad salió a la calle nuevamente para frenar el avance del ejército nacional, primeramente en los barrios proletarios del Sur y en la Casa de Campo. El mismo Durruti acudió como símbolo de la necesidad de que los obreros se sacrificasen una vez más en la lucha y murió como consecuencia de ello para que su cadáver fuese ejemplo de tal sacrificio. Pero lo que resultó determinante en esta batalla fue la aparición de las fuerzas de las Brigadas Internacionales, ejército organizado por la Unión Soviética con el concurso de los partidos comunistas de Europa y con el cual pretendía hacer valer su poder como potencia imperialista en una guerra que contaba con el concurso, directo o indirecto, del resto de potencias y que, en virtud de esto, sólo puede ser considerada como una guerra imperialista.

Las Brigadas Internacionales llegaron con unos medios muy superiores a los que el proletariado pobremente armado podría haber aspirado. Pero lo hicieron sólo cuando este proletariado ya no representaba una amenaza, cuando la Junta de Defensa había dominado sus fuerzas imbuyéndole de nuevo el espíritu antifascista de sacrificio por la burguesía republicana. De esta manera, el mito de la defensa de la democracia, de la lucha por la República, ató a los proletarios al carro de sus enemigos de clase. A partir de ahí las fuerzas imperialistas intervinieron militarmente asegurando la sumisión definitiva de la clase obrera a los intereses de las facciones burguesas en liza. Seis meses después, en mayo de 1937, esta victoria política y militar de la burguesía culminaría con el exterminio, comenzado en Madrid, de las fuerzas vivas del proletariado revolucionario. En algo menos de tres años, el ejército de Franco acabaría la obra comenzada por la República (con Carrillo y sus colegas a la cabeza) exterminando la simiente revolucionaria incluso en el vientre de las madres, tal y como había sido planeado ya en 1934.

El PCE, en el cual comenzó a militar Santiago Carrillo durante su época en la Junta de Defensa de Madrid, fue el principal instrumento que utilizó la burguesía para domoñar a los proletarios. Estos proletarios eran los verdaderos causantes de la Guerra Civil, en la medida en que fue su reacción ante el golpe la que impidió que los gobiernos republicanos de Casares Quiroga y de Giral claudicasen ante unos militares que no se hicieron, como esperaban, con el control inmediato de todo el país. Sin duda, el proletariado español se encontraba preso de una contradicción difícilmente resoluble: si su determinación le había llevado a dominar la calle temporalmente ante la situación de vacío de poder que se dio en los primeros días de la guerra, esta determinación se hallaba dirigida hacia el objetivo antifascista, por tanto democrático y defensor del Estado burgués republicano al que no sólo permitió vivir sino que insufló nuevas fuerzas apuntalándole por medio del apoyo abierto de los sindicatos de clase. Pero esta contradicción que determinaba la debilidad política del proletariado español no era una garantía definitiva para la burguesía. Constituía una barrera, ciertamente real, al objetivo revolucionario que se defendía desde la dirección confederal sólo de palabra, pero quizá no lo suficientemente fuerte como para resistir las embestidas que la experiencia de la guerra podría proporcionar. Además, la barrera se erigía sobre la base de una serie de concesiones realizadas a los obreros que, en sí mismas, constituían un problema para la burguesía española colectivizaciones, expropiaciones forzosas, fuerza obrera armada en las ciudades y pueblos, milicias... Pasado el momento de impasse de las primeras semanas, la burguesía pasó a la ofensiva para liquidar definitivamente al proletariado más combativo y para ello utilizó la fuerza política del PCE que, si bien no contaba con un fuerte arraigo en los centros

proletarios más importantes, constituía la cabeza de playa de la Unión Soviética. Este PCE, que se configuró como un partido completamente nuevo, con nuevos líderes como Carrillo, nueva estructura orgánica (el caso del PSUC en Catalunya), etc. actuó como el representante de los intereses de la burguesía republicana en el medio proletario, luchando por influir en los gobiernos y comités locales, en las milicias, etc. de forma que pudiese reorganizar estos de manera favorable para consolidar el poder de aquella.

Esta política burguesa del PCE no venía dada simplemente por la posición adoptada por sus dirigentes. El mismo PCE pasó a ser un partido pequeño burgués por su composición orgánica. Fue el refugio de todos los tenderos, comerciantes, empleados... que asustados por la fuerza del proletariado (y muchos seguramente en una situación complicada en la que su seguridad física se vería amenazada) necesitaban protección de un partido que, además, les permitiese defender sus intereses más inmediatos. Esto fue el PCE que, por ejemplo en Catalunya, donde funcionaba a través de su sucursal, el PSUC, pasó de tener 5.000 afiliados en 1936 unos 50.000 en marzo de 1937. ¿A qué se debió este aumento espectacular en la afiliación de un partido que, al inicio de la guerra contaba con pocos meses de existencia y ninguna presencia entre la clase proletaria? Sin duda a la política que Carrillo y sus secuaces habían demostrado estar resueltos a llevar a cabo desde el primer día: desarme de los proletarios, asesinato de los líderes obreros, destrucción de las conquistas de tipo laboral y social logradas. Ese era el programa que el PCE de Carrillo, Pasionaria y José Díaz tenía que ofrecer. Y fue secundado ampliamente, permitiéndole ejercer de organizador de las clases medias a través de la estructura del partido o de organismos creados ex profeso a tal efecto. Fue el caso del GEPI, la federación de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales, un organismo patronal que creó el propio PSUC para aglutinar a la pequeña burguesía que veía amenazada su seguridad, sus propiedades y la libertad para ejercer el comercio debido a las fuertes restricciones que existían. Esta organización, que rápidamente fue replicada con una similar por parte de la CNT (ejemplo del triunfo del PSUC sobre esta), constituía una fuerza patronal organizada directamente por un partido comunista contra los proletarios. La retórica habitual del PCE, que Carrillo ha seguido utilizando hasta el final de sus días, hablaba de una oposición entre aquellos que querían ganar la guerra y después hacer la revolución y aquellos que preferían invertir el orden. En ese sentido, la divergencia entre el PCE y las organizaciones proletarias, sobre todo la CNT y el POUM, hubiera sido simplemente una cuestión táctica, una diferencia habida entre compañeros. Pero ejemplos como el del GEPI muestran que el PCE, siguiendo la línea evidenciada por Carrillo en los episodios anteriormente mencionados, luchó abiertamente por organizar a los enemigos de clase del proletariado; por tanto el PCE defendía, indudablemente, ganar primero la guerra contra el proletariado y, después, enfrentarse (o no) al ejército de Franco.

No se trató de un problema relativo a la lucha de ideas, el PCE fue el brazo ejecutor de la contra revolución porque era la organización política de la pequeña burguesía. Este fue el gran servicio, mucho más que la entrega de armas, que Stalin prestó a la República. Fue el PCE en el que Carrillo militaba ya abiertamente, el que dirigió la lucha contra los proletarios de Barcelona, asaltando sus plazas fuertes, ilegalizando a sus organizaciones y fusilando a sus líderes más destacados. Carrillo tuvo siempre como un honor el haber participado de estos episodios. Constituyeron su experiencia más útil para ejercer de hombre fuerte de la izquierda a la caída del régimen de Franco. Sobre ellos construyó el mito de una lucha revolucionaria que nunca llevó a cabo, pero también su capital político, que le sería requerido por la misma burguesía criada por el franquismo cuando el régimen dictatorial de España se agotaba.

Carrillo, agente de esa contrarrevolución caníbal que Marx atacó tras la Comuna de París, ha muerto. Pero la fuerza de su obra continúa presionando sobre la cerviz del proletariado y las futuras generaciones de este, para liberarse, deberán hacerle justicia arrojando su memoria al basurero de la historia.

Podemos. Un reformismo en busca de dos autores

La tercera posición alcanzada por la plataforma electoral PODEMOS en las elecciones europeas del 25 de mayo ha dado vuelos a un proyecto reformista que hasta hace unos meses no existía fuera de los cenáculos de la casta universitaria y que sólo ahora comienza a preocuparse de algo que no sea un buen resultado electoral. En perfecta coherencia con el oportunismo socialdemócrata del que es heredero, construyen un partido en torno a un grupo parlamentario y miden su fuerza en función de su capacidad para arrastrar a las urnas a los electores. Pero su verdadera fuerza reside en cómo inoculan en el cuerpo social de la clase proletaria la confianza en la democracia, el parlamento y las elecciones y en su determinación para arrastrar a estos mismos proletarios lejos del camino de la lucha de clase. El desarrollo de este partido, ligado probablemente a otros como IU, representará un importante esfuerzo para someter al proletariado a un programa político basado en la colaboración entre clases.

1. SUPUESTA RESPUESTA ECONÓMICA A LA CRISIS POLÍTICA.

A lo largo de los últimos seis años, que es el tiempo que dura ya la crisis económica capitalista, la burguesía se viene mostrando cada vez más evidentemente incapaz de gobernar el país sin abrir, a cada paso, fisuras en su seno. La competencia que los diferentes grupos burgueses se hacen entre ellos en épocas de paz y tranquilidad económica se agudiza en los tiempos de crisis en la medida en que cada uno de estos grupos busca defender sus posiciones (industriales, comerciales, fiscales...) y conquistar otras nuevas frente a los rivales que amenazan con arrebatárselas las exiguas oportunidades de negocio existentes. La crisis económica no es, como afirma la nueva izquierda socialdemócrata y la vieja izquierda estalinista (a caballo de las cuales ha hecho su aparición *Podemos*) una *estafa*. La crisis económica constituye, simple y llanamente, una consecuencia inevitable del modo de producción capitalista, que produce la riqueza social a través del trabajo asalariado del que extrae una plusvalía cuya apropiación privada dispone la competencia empresarial (base de la competencia nacional e internacional) y con ella la caída de la tasa de ganancia, del beneficio extraído del capital vivo (el trabajo) con el que se debe valorizar una cantidad cada vez mayor de capital muerto (las máquinas, las infraestructuras necesarias para la producción, etc.). Esta caída de la tasa de ganancia, una vez alcanzado cierto nivel, que puede ser mayor o menor pero que siempre acaba por lograrse, imposibilita la producción en términos en que esta sea rentable. La inversión se retrae, el exceso de producción se destruye, los proletarios son arrojados, también como mercancías sobrantes, al paro: la crisis se manifiesta con toda su intensidad y la burguesía, que realmente es una clase al servicio del capital y no la portadora ni mucho menos la inventora de la de este, se lanza sobre los restos aún alcanzables de su antiguo festín para no verse fagocitada ella misma por la terrible fuerza social de la que se ha creído poseedora.

La crisis es la crisis económica del capitalismo y no una *estafa*, término importado del léxico mercantil que no significa nada cuando se refiere a la existencia de la clase proletaria, que no posee nada que vender excepto su fuerza de trabajo y siempre en desventaja para ella, de manera que no notaría, en cualquier caso, la diferencia entre la explotación *estafadora* y la explotación *legi-*

tima. Si la corrupción parece aflorar ahora con mayor fuerza que nunca, si los diferentes gobiernos (socialistas y conservadores) inyectan capital en el sistema bancario o si las potencias capitalistas europeas exigen a su *partner* monetario español ajustes y recortes, es porque la burguesía también se ve afectada por la crisis, porque constituye una clase también marcada por la competencia salvaje que se deriva de la existencia de la propiedad privada y, sobre todo, porque el capital jamás renuncia a incrementar su beneficio, que es la única manera que encuentra para sobrevivir, aún si esto debe hacerse por encima y en contra de cualquier consideración legal, nacional o moral¹. Sólo los hipócritas se asombran del robo, el desfalco o la corrupción, porque fingen ignorar que es todo un modo de producción el que, desde sus inicios, se levanta sobre la expropiación y la destrucción de los competidores más débiles de la misma manera que sólo los cínicos pueden llamar *estafa* a los excesos visibles de la anarquía productiva capitalista mientras callan sobre la violencia diaria que el proletariado sufre como consecuencia de esta misma anarquía. Sólo, en una palabra, la pequeña burguesía que ahora ve las orejas al lobo, puede creer que la crisis es consecuencia de la mala gestión del capitalismo y no de la misma naturaleza de éste.

La crisis capitalista ha mostrado toda su fuerza y su profundidad al llevar a la burguesía a una lucha tan intensa entre sus diversas facciones. A día de hoy todas las fuerzas centripetas que el esfuerzo común de la clase capitalista había puesto en juego históricamente, desde la forma del Estado hasta la misma unidad del país, parecen ponerse en cuestión en la medida en que aparecen tensiones hasta ahora larvadas que llevan al enfrentamiento con cualquier competidor, interno o externo, que exista. Esta disgregación muestra con más claridad la realidad de un sistema social organizado para mantener al proletariado sujeto firmemente a las necesidades del capital y evidencia que los mecanismos de representación política y cohesión entre clases que existen únicamente tienen como función permitir el desarme político del proletariado inoculándole la ilusión de que en democracia los antagonismos entre clases han desaparecido (o prácticamente) y que únicamente las instituciones burguesas pueden mejorar sus condiciones de existencia. En resumen, la crisis capitalista ha desgastado, aún más, la confianza depositada en el parlamento, el gobierno o la Corona y ha contribuido a alejar a la clase proletaria de la sumisión

a los métodos democráticos por los cuales la burguesía creía hacer valer sus intereses de clase.

Ciertamente, no se trata de que la crisis económica haya desembocado en una crisis social en la que el proletariado haya reencontrado el terreno de la lucha de clase abierta, pero es que tal cosa sólo sucederá como consecuencia de la acumulación progresiva (y en cierta manera poco visible) de una tensión social que tiene en este sensible desengaño uno de sus síntomas. De hecho, a lo largo de los últimos años la tensión social no ha hecho más que crecer. Este hecho se ha expresado en el progresivo aumento de las huelgas que han surgido como respuesta de los trabajadores a las exigencias de austeridad que de una manera u otra ha impuesto la burguesía, en el arrastre de estas mismas huelgas a otros sectores de trabajadores diferentes a los directamente implicados a través de manifestaciones y diversas expresiones de solidaridad, en las grandes manifestaciones reivindicativas en las mayores ciudades del país, etc. Y si bien todas estas expresiones del descontento proletario han estado controladas por las fuerzas del oportunismo político y sindical, este mismo oportunismo ha comenzado a sufrir una renovación en sus formas (grupos dirigentes, siglas y formas de actuación) como consecuencia del propio desgaste que los partidos pseudo obreros y los sindicatos colaboracionistas que lo componían han sufrido como consecuencia de su lucha explícita contra cualquier hecho que pudiese alterar la sumisión del proletariado a la clase burguesa dominante, por pequeño que este fuese.

Este creciente malestar que los proletarios han manifestado constituye uno de los focos de inestabilidad política del país. No se trata, de nuevo, de que la lucha proletaria, aún ausente en términos generales, haya hecho imposible la gobernabilidad del país para la burguesía, sino de que esta, que ha aprendido perfectamente las lecciones de la historia de las revoluciones y las contrarrevoluciones, debe realizar los debidos movimientos preventivos, a fin de que el curso que inevitablemente seguirá en los próximos años su política de clase encaminada a remontar la crisis a costa de someter y explotar aún más al proletariado no abra la vía a una situación en la que el proletariado se coloque abiertamente como clase enfrentada a la burguesía y su sociedad. Estos movimientos preventivos tienen, a su vez, su coste en términos políticos puesto que sólo pueden ser realizados a costa de minar la aparente paz social con que

la burguesía pretende gobernar y requiere, por lo tanto, de la colaboración de las nuevas y viejas formas del oportunismo que deben amortiguar la fractura social impidiendo que la colaboración entre clases se resquebraje, haciendo al proletariado asumir los sacrificios impuestos para la buena marcha del país en nombre de un esfuerzo común cuya recompensa sería el retorno a una idílica situación previa a la crisis que se presenta como solución a todos los males.

2. EL MISMO COLLAR PARA EL MISMO PERRO.

En este sentido, *Podemos* no innova en absoluto. El oportunismo político y sindical, la socialdemocracia, el estalinismo y su fuerza organizada en los sindicatos colaboracionistas, tuvo una función histórica de primer orden a la hora de contener, en los años '20 del siglo pasado, la fuerza del proletariado que amenazaba a la sociedad burguesa con su movimiento revolucionario, que tuvo su mayor logro en la Revolución bolchevique de 1917. Enfrentado a este movimiento, el oportunismo lanzó, con todas las fuerzas de que disponía (fuerzas ideológicas y políticas pero también militares y represivas) su órdago a la clase proletaria: la lucha contra el capitalismo debía realizarse, exclusivamente, dentro de los márgenes que permite la colaboración democrática entre clases, utilizando exclusivamente vías legales, dentro de las cuales el parlamentarismo debía ser la primera opción, para desbanca a la burguesía, siempre de manera pacífica. El oportunismo encabezado tanto por el Partido Socialista Alemán y los equivalentes europeos y americanos como por el estalinismo como forma más acabada de la contra revolución que debía ligar al proletariado a la defensa de la patria burguesa en la II Guerra Mundial, exigía del proletariado el respeto a la nación y la democracia como condición inexcusable para la lucha de clase, es decir, exigía al proletariado que depusiese sus armas revolucionarias, que abandonase el objetivo prioritario que es la toma del poder y que, por tanto, renunciase a la revolución, única vía por la cual la burguesía puede ser aniquilada. Entonces, hace casi cien años, la lucha abierta del oportunismo contra el proletariado revolucionario, encabezado por su partido de clase, tuvo como resultado el reforzamiento del poder de la burguesía, que dispuso de las mejores armas para liquidar al enemigo de clase mediante la contra revolución organizada por la fuerza combinada de fascismo, socialdemocracia y estalinismo. De una vez y para siempre, quedó grabado en la historia que los falsos partidos obreros, a los cuales se añadía el partido estalinista una vez consumada la contra revolución en Rusia, lucharán por todos los medios contra el proletariado difundiendo la ilusión de que el Estado burgués no es un Estado de clase, sino un organismo por encima de las clases que permitiría al proletariado emanciparse una vez este hubiese conseguido la mayoría de-

mocrática.

Hoy el proletariado no se encuentra, obviamente, en la situación de auge revolucionario que se vivió, durante unos años, al acabar la I Guerra Mundial. Las décadas que median entre la contra revolución que liquidó la vanguardia revolucionaria del proletariado y nuestra época son décadas de dominio asfixiante de la burguesía y la clase proletaria aún no ha remontado su camino de lucha abierta contra el capitalismo. Este dominio de la burguesía se ha asentado sobre dos bases. En primer lugar el crecimiento económico derivado de la reconstrucción post bélica, que permitió a las burguesías nacionales establecer pactos sociales de amplio espectro para garantizar que una parte de la plusvalía arrancada al proletariado (plusvalía que, por otro lado, era cada vez mayor) se convirtiese en amortiguadores sociales encaminados a permitir un nivel de vida mejor para la clase obrera. En segundo lugar la socialdemocracia y el estalinismo jugaron la función de hacerse garantes de este nuevo «pacto social» para la consecución del cual señalaron al proletariado la vía de la conciliación entre clases. La socialdemocracia europea, sumada a los partidos falsamente llamados comunistas aparecieron como la fuerza contractual de la clase proletaria y, desde luego, nunca más como una amenaza revolucionaria.

En España este proceso fue cronológicamente diferente, si bien las líneas fundamentales coinciden plenamente. Al término de la Guerra Civil, que la República y el posterior régimen franquista consagraron a la exterminación de los elementos más combativos de la clase proletaria y a la destrucción de los organismos de clase que existían en el país, el régimen franquista atravesó por diferentes etapas. Las últimas, las que se abren con el Plan de Estabilización de 1959, se corresponden plenamente con la política de amortiguación social que las democracias occidentales habían desarrollado (comienzo de la Seguridad Social, de las prestaciones por desempleo, etc.) si bien de manera mucho más tenue y sin que los agentes socialdemócratas y estalinistas tuviesen el peso que alcanzaron en otros lugares. Las luchas proletarias que se desarrollaron desde los años '60 hasta la muerte de Franco fueron la prueba de que, además del crecimiento económico y la política de redistribución de una parte de los beneficios, es imprescindible el concurso de los agentes burgueses entre el proletariado, es decir de socialdemocracia, estalinistas, etc. La llegada de la democracia fue la consagración de esta necesidad: se abrió paso a un régimen similar al de Francia o Italia precisamente para que la ilusión democrática corrompiese al proletariado de la misma manera que lo había hecho en estos países tan cercanos.

Hoy, la crisis capitalista que comenzó en el año 2008 ha tenido un efecto devastador sobre la constitución política de España. La base de la colaboración entre clases (que era el conjunto de «derechos sociales» de que

disfrutaba el proletariado a cambio de permitirse explotar en el puesto de trabajo) se ha visto mermada notablemente. En pocas palabras, la crisis de sobreproducción que apareció sobre un plano mundial y que golpeó con especial fuerza a España, cuya economía es especialmente dependiente del sector exterior vía importaciones y exportaciones de capital financiero, ha colocado a la burguesía nacional en situación de utilizar todos los recursos disponibles para paliar los estragos sufridos en términos de ganancias y beneficios. Todos los recursos económicos, y entre ellos aquellos que se consagraban a financiar la sanidad pública, la educación, las subvenciones a determinados sectores productivos, las prestaciones por desempleo, etc. se han dedicado a permitir que el capital invertido sea aun mínimamente rentable. El rescate bancario o la intervención de empresas en situación de quiebra han consumido todos los fondos disponibles y las inversiones estatales en sanidad y otros sectores (inversiones realizadas gracias a las exacciones impositivas que sufre, sobre todo, el proletariado) que garantizaban la subsistencia del proletariado.

Con este cambio en las relaciones económicas en que las bases del frágil Estado del Bienestar que existía en España han sido completamente erosionadas, ha aparecido el descrédito entre los proletarios de las fuerzas políticas que aparecían como garantes de dicho Estado del Bienestar. Los sindicatos, vinculados directamente a la estructura estatal y con la divisa «defensa de la economía nacional» por delante, han perdido su poder contractual desde el momento en que la burguesía no podía negociar nada con ellos. Con ello perdieron, al comienzo de la crisis, gran parte de su fuerza para contener al proletariado. Los partidos de la socialdemocracia y el estalinismo (PSOE e IU) mostraron ante los proletarios su incapacidad para reconducir siquiera mínimamente la situación puesto que su empeño era, de nuevo, salvar la situación de crisis a cualquier precio. No se trata de que estos elementos políticos y sindicales hayan perdido completamente su fuerza ante el empuje del proletariado afectado por la crisis, situación que se correspondería con una crisis revolucionaria que no ha existido en ningún momento, sino de que han visto como su influencia en la clase obrera mermaba en la medida en que esta clase les exigía llevar a cabo una política de oposición a las medidas anti obreras de la burguesía que no estaban en condiciones de realizar. Como consecuencia de esto, su política, esta sí defendida en cada momento, de facilitar la colaboración entre clases, se ha visto debilitada aunque sólo sea por el hecho de que sus defensores han perdido gran parte del crédito del que gozaban.

Lo ocurrido en pasadas huelgas generales, el conflicto de la minería, pero también múltiples episodios aislados como aquellos de Gamonal o las huelgas de limpieza en

(sigue en pág. 14)

Podemos. Un reformismo en busca de dos autores

(viene de la pág. 13)

Madrid y Alcorcón, son ejemplos de que la clase proletaria, a través de sectores particulares enfrentados a situaciones especialmente difíciles, puede romper con la política de la colaboración entre clases, que es la política de la contención de la lucha y de la claudicación ante los intereses de la burguesía. Aún si esto aparece sólo como una tendencia potencial (que para nosotros, comunistas revolucionarios, es confirmación de nuestras posiciones) basta para que se haya producido una fuerte sacudida que tiende por su parte a reorganizar las fuerzas del oportunismo político.

El movimiento del 15 de Mayo apareció en un momento en el cual las huelgas parciales aumentaban, se multiplicaban los pequeños conflictos sociales, etc. y todo ello redundaba en un aumento de la tensión social aún contenida. El estallido social canalizó esta tensión, orientándola hacia cauces diferentes a los habituales de la socialdemocracia y el estalinismo pero con idéntico objetivo político: la reforma del Estado como garantía para que clases medias y proletariado recuperasen el estatus quo previo a la crisis. Si bien el 15 de Mayo, en lo que quedó de representación política, es un movimiento típico de las clases medias presionadas por la situación económica, estas transmitieron su política hacia el proletariado que, en sus manifestaciones, hizo completamente suyos los planteamientos políticos de estas y continuó siendo su prisionero.

Pero estos planteamientos políticos conducen a un equilibrio completamente precario: por un lado son una actualización de los planteamientos previos, de aquellos que durante décadas han dominado a la clase proletaria, y por lo tanto son igualmente ineficaces a la hora de lograr siquiera ligeras mejoras para los proletarios. Por otro lado contienen una práctica (manifestaciones callejeras, violación de la legalidad, etc.) que desborda los cauces habituales de la política oportunista y que permite a los proletarios mostrar parte de su fuerza como clase. La persistencia de la crisis económica, con el continuo empeoramiento de las condiciones de existencia de los proletarios, transmitió una tensión que espoléó aún más al proletariado. La experiencia del estallido social de mayo de 2012 no pasó en balde para la clase proletaria, que desde entonces fue aumentando su presión sobre las fuerzas políticas del oportunismo político y sindical hasta el punto de volverlas relativamente inútiles en su función de controlar la tensión existente.

Como hemos explicado, el oportunismo no es un problema de personas o siglas, es una función social generada por el cuerpo vivo de la sociedad burguesa que ata al proletariado a los intereses de la clase enemiga. Su objetivo es aniquilar, aún desde sus manifestaciones más embrionarias, cualquier atisbo de ruptu-

ra de la colaboración entre clases y, por lo tanto, de ruptura en la confianza en el Estado como organismo que estaría por encima de las clases sociales y que podría garantizar la convivencia pacífica de estas. Da lo mismo si el oportunismo se cubre con las formas habituales de la socialdemocracia o el estalinismo o con otras, porque estas son formas históricamente determinadas por el enfrentamiento entre proletariado y burguesía, consecuencia de las características de este enfrentamiento.

Podemos es una forma parcialmente renovada de este oportunismo. Más allá de su discurso pretendidamente innovador (*casta* en lugar de *clase*, *movimiento* en lugar de *partido*... y tantos otros sinsentidos). *Podemos* supone la puesta al día de las viejas fórmulas de la socialdemocracia tradicional que ha gobernado en España desde el '82 hasta el '96 y luego de 2004 a 2012 con consecuencias tan conocidas para el proletariado. No es que la socialdemocracia del PSOE y el estalinismo del PCE-IU se hayan perdido para siempre, de hecho *Podemos* es poco más que un compartimento estanco de IU, de donde viene su líder Pablo Iglesias y a la que siempre han defendido sus elementos más destacados. Se trata de que *Podemos* llega donde estos grupos políticos no pueden llegar, es decir, a recuperar la tensión social que en los últimos años se ha manifestado en la calle a través de huelgas, manifestaciones y todo tipo de conflictos, para reconducirla hacia el ámbito electoral. Su programa electoral, conformado aún antes de que el propio partido se haya constituido como tal, es una amalgama de las consignas que las diferentes movilizaciones han proclamado en los últimos años y que van desde la nacionalización de la banca hasta la prohibición de los EREs sólo para las empresas con beneficios. Este programa electoral busca, a través de los cuidados altavoces mediáticos que la burguesía le ha proporcionado y que le han permitido estar presente en todas partes sin contar con un mínimo estable de militantes capaces de hacer arraigar el partido en ningún lugar, mostrar la compatibilidad de la lucha de clases con el marco legal del Estado burgués. El centro del problema es el siguiente: el Estado ha caído en manos de unos sátrapas que han roto el pacto social de 1978 (el pacto social, recordamos, de los Pactos de la Moncloa con que la burguesía española logró la cohesión interna necesaria para reducir al proletariado tal y como la crisis de 1975 requería), pero puede ser rehabilitado en sus funciones originales y garantizar de nuevo el bienestar y la paz social. Perfecto ejemplo de un partido anti proletario, que dedica todos sus esfuerzos en difundir la ilusión de que la burguesía, de la que el Estado depende directamente, puede garantizar una situación aceptable para la clase obrera. Punto por punto, el programa electoral de *Podemos* es un esfuerzo por solventar la lucha de clases mediante la confianza en la burguesía, mediante la aniquilación de la independencia de clase del proletariado.

Ciertamente *Podemos* no es un partido

que se dirija al proletariado. Su electorado potencial son más bien los estratos de la pequeña burguesía más duramente tocados por la crisis económica y con más miedo a la crisis social y los proletarios que disfrutaban de una posición social más estable. Pero es que son estos estratos sociales los que más influencia han ejercido sobre el proletariado en los enfrentamientos sociales de los últimos años. Ellos han dado una forma concreta a la tensión que el proletariado ha ejercido, han vehiculado sus exigencias hacia los términos en que se han manifestado (defensa del Estado, reformas sociales, etc.) y han difundido en su seno los medios legalistas y pacifistas de lucha. Encumbrando a los proletarios más acomodados y a la pequeña burguesía empobrecida a los altares de la representación parlamentaria renovada, *Podemos* cumplirá la doble función de reforzar la influencia de estas capas sociales sobre el proletariado y de renovar la confianza de este en los métodos democráticos de lucha, que habrán reconocido la justeza de sus exigencias.

Podemos lucha por alcanzar un éxito electoral mayor del que otras formaciones similares han logrado en ocasiones precedentes. Esta es la base de su fuerza: o logra el éxito y su línea de posibilismo extremo se confirma, o desaparece. Porque *Podemos* ha inscrito en su bandera: renuncia a cualquier exigencia desmedida, el logro real no es la imposición de estas exigencias sino poder ser incluidos en el sistema parlamentario. A partir de ahí, insisten, todo estará hecho. Esto a día de hoy, se manifiesta en el hecho de que *Podemos* ni tan siquiera existe más allá de las listas electorales que ha presentado a las elecciones. No tiene militantes. No tiene partido. Su fuerza es la presencia mediática (que excluye, por su misma lógica, la militancia política) y el éxito logrado. *Podemos* buscará, en los próximos meses a sus propios autores. Los que puedan consolidar a esta fuerza anti proletaria como una alternativa real para la burguesía.

« IL COMUNISTA » No 135, Luglio 2014

- . Capitalisti e minatori: spietata ricerca del profitto capitalistico contro vite umane
- . Su Europa ed elezioni europee. Ennesimo inganno per mascherare la brutale dittatura della classe dominante borghese! I proletari di ogni nazione rifiutino l'inganno elettorale e riconquistino il terreno dell'aperta lotta di classe nella prospettiva della rivoluzione anticapitalistica, unica via in ogni paese per emanciparsi dal vampiresco sfruttamento borghese!
- . Abbasso le nuove criminali violenze dello stato israeliano! Solidarietà con le masse proletarie palestinesi!
- . Spagna: La monarchia di Felipe VI e la III Repubblica non sono altro che forme di governo della classe borghese e quindi di sfruttamento e miseria per i proletari
- . La donna e il socialismo (9) di A. Bebel
- . Dizionario: Difensismo - Intermedismo

Lenin

La bancarrota de la II Internacional

(Extraído de *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1975.)

Por socialchovinismo entendemos la aceptación de la idea de la defensa de la patria en la presente guerra imperialista, la justificación de la alianza de los socialistas con la burguesía y con los gobiernos de «sus» países en esta guerra, la renuncia a propugnar y apoyar las acciones revolucionarias del proletariado contra «su» burguesía, etc. Es evidente que el principal contenido ideológico y político del socialchovinismo coincide en un todo con las bases del oportunismo. Es siempre la misma corriente. En las condiciones de la guerra de 1914-1915, el oportunismo engendra precisamente el socialchovinismo. Lo principal en el oportunismo es la idea de la colaboración entre las clases. La guerra lleva esta idea a su fin lógico, añadiendo a los factores y estímulos ordinarios de la misma otros muchos extraordinarios y obligando a la masa amorfa y dividida, con violencias y amenazas particulares, a colaborar con la burguesía. Esta circunstancia, como es natural, amplía el círculo de los partidarios del oportunismo y explica cumplidamente el paso de muchos radicales de ayer al campo oportunista.

El oportunismo es el sacrificio de los intereses vitales de las masas en aras de los intereses momentáneos de una minoría insignificante de obreros o, dicho en otros términos, la alianza entre una parte de los obreros y la burguesía contra la masa proletaria. La guerra hace que esta alianza sea tanto más patente y forzosa. El oportunismo se ha ido incubando durante decenios por la especificidad de una época de desarrollo del capitalismo en que las condiciones de existencia relativamente civilizadas y pacíficas de una capa de obreros privilegiados los «aburguesaba», les proporcionaba unas migajas de los beneficios conseguidos por sus capitales nacionales y los mantenía alejados de las privaciones, de los sufrimientos y del estado de ánimo revolucionario de las masas que eran lanzadas a la ruina y que vivían en la miseria. La guerra imperialista es la continuación directa y la culminación de tal estado de cosas, pues es una guerra por los privilegios de las naciones imperialistas, por un nuevo reparto de las colonias entre ellas, por su dominación sobre otras naciones. Defender y consolidar su privilegiada situación de «capa superior» de la pequeña burguesía o de la aristocracia (y de la burocracia) de la clase obrera: he aquí la continuación natural, durante la guerra, de las esperanzas oportunistas pequeñoburguesas y de la táctica que de aquí se desprende; he aquí la base económica del socialimperialismo de nuestros días*.

La fuerza de la costumbre, la rutina de una evolución relativamente «pacífica», los prejuicios nacionales, el temor a virajes rápidos y la falta de fe en estos virajes, han sido, como se puede su poner, circunstancias complementarias que han vigorizado el oportunismo y contribuido a la contemporización hipócrita y cobarde con él, so pretexto de que esto es sólo temporal y obedece únicamente a causas y motivos especiales.

La guerra transfiguró al oportunismo, cultivado durante decenas de años, lo elevó a una fase superior, aumentó y diversificó sus matices, multiplicó el número de sus partidarios, enriqueció sus argumentos con un montón de sofismas nuevos y fundió la corriente principal del oportunismo con multitud de nuevos riachuelos y arroyos; pero la corriente principal no desapareció. Todo lo contrario.

El socialchovinismo es el oportunismo maduro hasta el punto de que ya no es posible que este absceso burgués siga existiendo como hasta ahora en el seno de los partidos socialistas.

* *Unos cuantos ejemplos de la gran importancia concedida por los imperialistas y los burgueses a los privilegios nacionales y «de gran potencia» como arma para dividir a los obreros y apartados del socialismo. En su obra *La gran Roma y la Gran Bretaña* (Oxford, 1912), el imperialista inglés Lucas reconoce que en el Imperio británico de hoy día los hombres de color no gozan de igualdad de derechos (págs. 96-97) y señala que «en nuestro Imperio, cuando los obreros blancos trabajan al lado de los obreros de color, no lo hacen en igualdad de condiciones, sino que el obrero blanco es más bien el capataz del hombre de color» (pág. 98). Erwin Belger, ex secretario de la Alianza Imperial contra los socialdemócratas, en su folleto *La socialdemocracia* después de la guerra (1915) ensalza la conducta de los socialdemócratas, diciendo que éstos deben convertirse en un «partido puramente obrero» (pág. 43), «nacional», en un «partido obrero alemán» (pág. 45), sin ideas «internacionales utópicas», «revolucionarias» (pág. 44). En una obra dedicada a la inversión de capitales en el extranjero (1907)23, el imperialista alemán Sartorius von Waltershausen condena a los socialdemócratas alemanes por no prestar atención al «bien de la nación» (pág. 438) -que consiste en la conquista de colonias- y ensalza a los obreros ingleses por su «realismo», manifestado, por ejemplo, en su lucha contra la inmigración. El diplomático alemán Rüdorffer, en su obra sobre los principios de la política mundial, destaca el hecho universalmente conocido de que la internacionalización del capital no elimina en absoluto la enconada lucha de los capitales nacionales por el poder, por la influencia, por la «mayoría de las acciones» (pág. 161), y señala que esta enconada lucha arrastra a los obreros (pág. 175). El libro lleva la fecha de octubre de 1913, y el autor habla con una claridad meridiana de los «intereses del capital» (pág. 157) como causa de las guerras modernas; dice que la cuestión de la «tendencia nacional» se convierte en el «eje» del socialismo.*

¡Abajo las nuevas exacciones criminales del Estado israelí! ¡Solidaridad con las masas proletarias palestinas!

El jueves 12 de junio al atardecer, tres jóvenes, Gilad Shaar, Yifal Efrad y Naftali Frankil, en momentos en que hacían autostop en una encrucijada no lejos de Gush Etzion, una colonia judía en territorio palestino, fueron secuestrados por dos militantes probablemente ligados a Hamás, la organización política islámica. Desde ese momento, pasaron 18 días antes que los cadáveres de los tres jóvenes colonos aparecieran. Durante esos dramáticos días, perdieron la vida más de

6 palestinos en Cisjordania (entre ellos un menor), se han realizado 600 detenciones arbitrarias, clausura de un sinnúmero de centros y organizaciones diversas, además de hurtos y pillaje de la logística de los medios extranjeros (1), el cierre de las rutas y otra cantidad de abusos perpetrados por el ejército israelí contra la población, so pretexto de estar tras los secuestradores.

Han sido también 18 días de una política agresiva y de intimidación del go-

bierno Netanyahu que acusa a Hamás de lo que ha ocurrido, amenazando con tomar medidas de retorsión con el fin de desintegrar totalmente a esta organización; llamando también a los responsables de la Autoridad Palestina (AP) dirigida por Abu Mazen a que se alejen de Hamás y rompan la reciente unidad de la burguesía palestina (2). Por ello no ha sorprendido ver a Abu Mazen precipitar-

(sigue en pág. 14)

¡Abajo las nuevas exacciones criminales del Estado israelí! ¡Solidaridad con las masas proletarias palestinas!

(viene de la pág. 15)

se en condenar públicamente el secuestro, dejando entrever una posible ruptura con Hamás.

La fundamentalista, reaccionaria y anti-obrera organización Hamás declaraba ser ajena al asunto, mientras que su jefe en el exilio, Khaled Mechaal, declaraba que si bien ignoraba lo que había pasado, no obstante apoyaba todas las acciones contra la ocupación israelí (3). Es decir, si estas acciones están dirigidas contra los proletarios, contra pequeños burgueses o contra el ejército israelí, se sobreentiende que todo judío representa un blanco a derribar por los palestinos.

Un diputado al parlamento israelí, miembro de “la coalición árabe”, Janin Zoabi, declaraba que los miembros de Hamás no son terroristas sin combatientes por la libertad (del pueblo palestino), (3), afirmación que provocó un llamado público a su linchamiento, y en las diversas redes sociales llamaban a matarlo.

Durante esos largos 18 días, los miembros de la derecha radical, fascista y sionista que llevan la voz cantante en complicidad con el gobierno, han utilizado las declaraciones de este diputado para lanzar incendiarias consignas racistas, casi una parodia de la propaganda del Tercer Reich en su época (5).

“¡Muerte a los árabes!”, “¡(los árabes) son todos enemigos!”, “¡Matar a los traidores!”, “¡Un buen árabe, es un árabe muerto!”, “¡Pena de muerte para los mejablim (terroristas, en hebreo)!”, y luego del hallazgo de los cadáveres de los jóvenes secuestrados, una nueva andanada de “¡Muerte a los árabes!”, “¡Que el ejército los fumigue!”, “¡Odiar a los árabes no es cuestión de racismo, sino de valores!”. Más otra sarta de injurias racistas que han logrado penetrar hondamente en el proletariado judío y las vastas capas medias, haciéndoles cómplices de este delirio (6).

MANIOBRAS ESTATALES

Por fin, el domingo 30 de junio, cerca de las 5 de la tarde, en el poblado de Halul, cerca de Hebrón, gracias a la incorporación de escuadrones civiles a las fuerzas militares ya en acción (7), tres cadáveres fueron encontrados. Poco tiempo después se confirmaba la identidad de los mismos: se trataba sin duda de los tres jóvenes secuestrados.

Inmediatamente el gobierno israelí realiza una reunión extraordinaria donde el primer ministro Netanyahu promete

venganza, y anuncia los primeros ataques sobre la Franja de Gaza, así como el comienzo de la demolición de los hogares de los supuestos culpables (8).

Durante el entierro y las exequias masivas, han ocurrido hechos que ni la gran prensa ni la famosa opinión pública se han tomado la molestia en reseñar o resaltar. Ahora se conoce de la existencia de la grabación de una llamada telefónica de uno de los secuestrados a la policía para informar sobre el hecho, luego se oye el sonido de un disparo, gritos de dolor de los jóvenes judíos y gritos de alegría de sus secuestradores (9). Esto confirma las sospechas de que se trató de un asesinato premeditado, dado que ninguno de los secuestradores hacían exigencias, ni ninguna organización reivindicaba el secuestro.

En otras palabras, el gobierno israelí sabía casi con certeza de que los jóvenes habían sido asesinados; pese a tales circunstancias utilizó a la canalla de los medias y sus mercenarios para justificar una operación llevada conjuntamente con la AP corrompida y vendida (10), con el fin de dismantelar a Hamás que es la principal inquietud de Netanyahu (11), y reforzar así la dominación sobre sus marionetas en la desgraciada Palestina ocupada. Pero es y será siempre el proletariado árabe palestino quien sufra las consecuencias directas de todo esto: muertes, expropiaciones, detenciones arbitrarias y un sinnúmero de sufrimientos constituyen el pan de cada día de la población palestina. Y, una vez más, bajo la mirada indiferente del mundo entero, y sin que ello suscite reacciones desfavorables contra Israel de parte de los gobernantes de los llamados “países democráticos”...

TERRORISMO...

Los secuestradores aún siguen huyendo, pero la prensa israelí ya tiene sus nombres: Marwan Kawasme y Amar Abu Eisha, dos militantes del grupo islamita Hamás que anteriormente cumplían condena en las prisiones israelíes. Pero lo cierto es que la muerte de tres jóvenes, entre ellos dos menores, simplemente por ser judíos, sin ningún objetivo político definido, es una imbecilidad criminal, inspirada por el odio racial que el fundamentalismo musulmán, ultra-nacionalista, reaccionario y anti-obrero, ha inculcado a sus militantes, en su gran mayoría sin futuro ni perspectivas. Sin embargo este odio racial esta fundado sobre bases materiales bien reales y tangibles.

La ocupación colonial llevada a cabo por el Estado israelí, y que cada vez se intensifica más, fomenta la opresión nacional, utilizando a la burguesía palestina representada por la AP para oprimir al vasto proletariado palestino, permitiendo que sociedades israelíes paguen por debajo del salario mínimo israelí dentro de los territorios ocupados, engendrando un aumento general de la pobreza, lo

cual ha provocado manifestaciones y huelgas contra el propio gobierno de la AP, aunado al bloqueo de la Franja de Gaza, hacen la situación verdaderamente insoportable; todo esto no puede más que desembocar y hace fácilmente presagiar que un día u otro habrá reacciones desesperadas.

El descontento del proletariado palestino hacia una autoridad palestina y otras organizaciones nacionalistas corrompidas ha sido, en efecto, recuperado por organizaciones de tipo fascista panislámicas, que han prometido luchar contra la corrupción y romper con los capituladores de Fatah; desgraciadamente las fuerzas proletarias no han logrado tomar la vía de la lucha de clase dado que no existe el Partido de clase, debido sobre todo a la derrota infligida durante décadas al proletariado por parte del oportunismo en general, y el estalinismo en particular, sepultureros de la Revolución de Octubre y falsificadores del auténtico programa comunista.

... Y CANALLAS

Hoy el nacionalismo judío ha hecho una nueva víctima, Mohamed Abu Khadir, de 16 años de edad, secuestrado y quemado vivo, y luego abandonado en un bosque en las afueras de Jerusalén, asesinado al parecer por extremistas judíos, en venganza por la muerte de los tres jóvenes colonos (12);

Hoy, en que ciertas organizaciones de la extrema derecha sionista salen a la calle gritando ¡Muerte a los árabes!, golpeando a todo árabe que encuentren en el camino (13), los medias de mierda israelí no hablan sino de errores que la policía pudo haber cometido durante la búsqueda de los jóvenes judíos secuestrados, publicando innumerables fotos y publicaciones aparecidas en las redes sociales, incitando al odio racial contra los árabes, mientras que nada dicen acerca del dolor de las madres palestinas que, ellas sí, no irán a protestar a la ONU (14);

Hoy, en que las diversas fracciones de la izquierda israelí llaman a la calma, organizan manifestaciones para hacer saber que no todo el mundo en Israel está por la violencia (15); que ellas están por la paz, que hay que reconciliar a los dos pueblos mediante negociaciones – es decir, reconciliar a dos burguesías que ya se han puesto de acuerdo de como habrá que tratar al proletariado, demostrando fehacientemente que los pacifistas terminan siempre en brazos de los guerrilleros. Es por ello que, cuando los jóvenes palestinos vuelven espontáneamente a revivir la Intifada, lanzando piedras a las fuerzas de ocupación, arrancando las cámaras de vigilancia instaladas en las calles de Gaza, quemando cauchos, levantando barricadas, en recuerdo de su hermano mártir, estas organizaciones pacifistas vienen y condenan estas acciones por excesivas y que no contribu-

yen a la pacificación social! (16).

Hoy, mientras se multiplican los bombardeos terroristas israelíes sobre Gaza, con el corolario de miles de víctimas (330 muertos y 3.300 heridos, hasta el domingo 20 de julio, NdR) entre la población palestina, mujeres, niños y ancianos en su mayoría, los Estados árabes burgueses muestran su indiferencia y su abierta complicidad (Egipto) con el Estado hebreo;

Hoy, en que la canalla imperialista da luz verde al gobierno israelí, condenando solo los lanzamientos de obuses de Hamás (lanzados al azar hacia las ciudades israelíes, aún cuando no constituyen para nada una amenaza militar evidente contra Israel, pero que al divisar a la población civil no sirven en definitiva sino a la unión contra los “terroristas”, entre esta población civil y sus dirigentes) (17);

Hoy, lo que hay que denunciar y contra lo que hay que luchar es la ocupación y la colonización, las injusticias y las expulsiones, la opresión y la violencia que cotidianamente sufren los palestinos, los proletarios en particular. Esta violencia que ha causado la desintegración de todas las organizaciones que se dicen de izquierda o “marxista”, todas capituladoras frente al orden y la paz burgueses y que hoy en día se han puesto al servicio de la contrarrevolución, alimenta en lo que hoy queda de Palestina a un movimiento reaccionario opuesto a los intereses de clase de los proletarios que no ven en sus hermanos de clase israelíes más que el objetivo de una lucha nacionalista y pro-capitalista. Esta es la tragedia de las masas palestinas privadas de toda organización de clase y que han sido abandonadas frente a la opresión.

Explotados de todos los países, ya sean de Israel, Líbano, Jordania o Cisjordania, los proletarios palestinos son la viva expresión de que los proletarios no tienen nación. La lucha contra la opresión nacional y contra la explotación capitalista que sufren no podrá realizarse sino a través de un largo y difícil camino para volver a colocarse sobre posiciones de clase, para constituir sus propias organizaciones proletarias independientes, y obrar por la revolución comunista internacional en unión estricta con los proletarios de la región y del mundo.

Recurrir a métodos de clase, hacer revivir el espíritu de lucha de clase, es una condición para la ayuda mutua, la histórica solidaridad entre los trabajadores judíos y árabes; pero ello no podrá realizarse hasta tanto los proletarios de la nación dominante – los proletarios judíos de Israel – no encuentren la fuerza de romper con la colaboración de clase y con su burguesía criminal, de manifestar su oposición a la opresión nacional ejercida en su nombre sobre las espaldas martirizadas de los palestinos y su solidaridad con ellos, sus hermanos de clase (18). Será solo entonces que podrán reunirse con los proletarios de otros países por un

mismo objetivo: el derrocamiento de los Estados burgueses y la instauración de la dictadura internacional del proletariado a fin de liquidar el sistema capitalista, único medio para acabar con todas las injusticias, todas las opresiones, todos los antagonismos y todos los conflictos nacionales, raciales o religiosos que son sus consecuencias.

En tal perspectiva, el rol de los proletarios de los grandes países imperialistas es particularmente crucial ya que es el apoyo de “su” Estado, de “su” burguesía lo que permite al Estado israelí tener las manos libres a la hora de oprimir a las

masas palestinas, consiste en la reanudación abierta de la lucha anticapitalista, en la realización efectiva de la unión de clase con sus hermanos de clase inmigrados, por tanto, en la ruptura total con el interclasismo democrático, nacionalista o xenófobo, y hacer renacer el internacionalismo proletario.

Por la unidad de todos los proletarios! Por la reconstitución del partido de clase internacional! Por la revolución comunista mundial!

11 de julio de 2014

- (1) <http://rt.com/news/167628-israel-raid-rt-office/>
- (2) <http://www.jerusalemonline.com/news/middle-east/israeli-palestinian-relations/abuz-mazen-we-are-committed-to-locating-the-kidnapped-boys-6040>. La AP que controla Cisjordania y Hamas que controla Gaza, han llegado a un acuerdo de unión, lo que ha suscitado la cólera del gobierno israelí, ya que esto permitiría un mayor margen de maniobra a la AP en la mesa de negociaciones frente a su amo israelí.
- (3) <http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-4533751,00.html>
- (4) <http://www.jpost.com/Pillar-of-Defense/Zoabi-Kidnappers-are-not-terrorists-theyre-fighting-occupation-359609>
- (5) <http://www.i24news.tv/en/news/israel/diplomacy-defense/36075-140702-security-council-condemns-murders-of-israeli-teens>
- (6) <http://www.haaretz.com/news/national/1.602661>
- (7) <http://www.jpost.com/Operation-Brothers-Keeper/Large-number-of-IDF-forces-gather-north-of-Hebron-in-search-for-kidnapped-teens-361048>
- (8) <http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-4536477,00.html>
- (9) <http://www.ynetnews.com/articles/0,7340,L-4536301,00.html>
- (10) <http://mondoweiss.net/2014/06/ramallah-palestinian-authority.html>
- (11) <http://dailysurge.com/2014/06/israel-will-stop-hamas-completely-destroyed/>
- (12) <http://www.haaretz.com/news/diplomacy-defense/1.603493>
- (13) http://www.israelhayom.com/site/newsletter_article.php?id=18553
- (14) <http://www.unwatch.org/site/apps/nlnet/content2.aspx?c=bdKKISNqEmG&b=1316871&ct=14002115>
- (15) <http://maki.org.il/>
- (16) <http://www.maavak.org.il/maavak/?article=1243>
- (17) http://www.lemonde.fr/proche-orient/article/2014/07/12/l-embarras-international-face-a-l-escalade-a-gaza_4455919_3218.html
- (18) En grado e intensidad diferentes, la misma situación se vive en los grandes países imperialistas, donde amplios sectores de la clase obrera se encuentran empantanados en la colaboración de clase, que es el gran objetivo de la ideología democrática, e imbuidos de un sentimiento de superioridad xenófoba y racista con respecto a los proletarios inmigrados, cuya realidad presente le es completamente indiferente y la ven muy ajena a su futuro.

Ucrania: La caída de Yanukóvich no resolverá los problemas de las masas proletarias

Desde finales de noviembre en la capital de Ucrania, la Plaza de la Independencia (Maidan) se ha convertido en sede de manifestantes que protestan contra la decisión del gobierno de firmar un acuerdo con Rusia en lugar de la Unión Europea. Hay que decir que la situación económica y social de Ucrania es precaria... Yanukóvich había ganado las elecciones presidenciales que le permitió regresar a las «reformas» antisociales de su predecesor, la famosa Yulia Timochenko, la rubia idolo de los medios occidentales.

Pero con una economía exangüe, estrangulada por una deuda a corto plazo que supera sus capacidades de financiación, el gobierno ucraniano que por temor a un estallido social se negaba a seguir las recomendaciones del FMI de recortes drásticos en el gasto público,

ha buscado negociar una ayuda económica en paralelo con la U.E. y Rusia. Los negociadores ucranianos entre otras cosas pedían a la U.E., si el país firmaba un acuerdo con Europa, una compensación financiera por la pérdida de sus mercados con Rusia. Al final las proposiciones rusas se revelaban más favorables, y el acuerdo se hizo realidad. Rusia ha prometido 15 mil millones de dólares «sin alzas ni bajas, ni congelación de las mejoras sociales, pensiones, bolsas y gastos», según declaraciones del propio Putin (1).

Pero las ilusiones de lo que podía aportar un acercamiento con la U.E. (bien que para los responsables europeos en el acuerdo jamás se ha hablado de una integración de Ucrania a la

(sigue en pág. 18)

Ucrania: La caída de Yanukóvich no resolverá los problemas de las masas proletarias

(viene de la pág. 15)

U.E., sino de una simple «asociación»), eran tan fuertes que la firma del acuerdo - todavía preliminar - con Rusia ha desencadenado las manifestaciones. En un comienzo estas manifestaciones eran bastante tímidas, pero poco a poco han ganado amplitud hasta llegar a reunir a cientos de miles de personas.

A mitad del mes de enero las manifestaciones habían tomado otro carácter en virtud de la represión de las autoridades, no sólo por las brutalidades policiales «habituales» en estos casos, sino el reforzamiento de estas votando nuevas leyes más represivas que las anteriores, recurriendo incluso a matones los cuales han hecho «desaparecer» a decenas de manifestantes. Las reivindicaciones pro-europeas han quedado atrás y las manifestaciones se han convertido en la expresión de un descontento generalizado, que tiene como punto culminante la dimisión del presidente Yanukóvich.

Luego de la catástrofe económica que había precedido la desaparición, en los años 90' de la URSS (según un informe de la Banca Europea de Reconstrucción y Desarrollo, a finales de esos años el PIB del país representaba solo un 37% del de 1990), Ucrania vivió un período de crecimiento en el curso del cual se acrecentaron las desigualdades. Un puñado de riquísimos capitalistas - los «oligarcas» - se acapararon las riquezas del país, financiando paralelamente a un parlamento que les permitía precisamente defender sus intereses respectivos (2). El descontento de la población era tal que en 2004 una llamada «revolución naranja», sostenida por los americanos, tumbaba al presidente Kuchma. Pero las nuevas autoridades (Timochenko entre otros) prontamente van a decepcionar a la población que asiste a la imposición de medidas de austeridad, lo que lleva, en 2006, a una nueva crisis política que abre la vía del poder a Yanukóvich.

En 2008-2009, la crisis capitalista internacional golpea duramente a Ucrania (baja de casi 15% del PIB en 2009), y la reactivación económica se hace esperar (2013 tuvo un crecimiento de 0,12%, y en 2012 fue de 0,7%) (3).

Ucrania, con una población de 46 millones de habitantes, está dividida en dos: una parte oriental donde se concentra la industria pesada, con una población en su mayoría de habla rusa, y una parte occidental menos poblada y más agrícola, tradicionalmente hostil a Rusia. País dividido interiormente, Ucrania es también un blanco de los apetitos rivales de potencias capitalistas tanto del Este como del Oeste. Si bien las instancias de la Unión europea no desean para nada su integración en razón de problemas insuperables para las finanzas e instituciones europeas, no obstante Alemania, Polonia y otros países de Europa Central están muy interesados en primer lugar

en el mantenimiento de la estabilidad del país, y en segundo lugar en el mercado que este representa. Los Estados Unidos no se quedan atrás y trabajan por que la Ucrania corte sus lazos con Rusia que, de su parte, por razones geopolíticas evidentes, hará todo lo posible por guardarla en su seno. En Rusia algunas voces no oficiales se han alzado para advertir que una crisis en Ucrania llevará a una división del país, conllevando a una guerra por la anexión de Crimea, donde se encuentran las bases de la flota rusa del Mar Negro... Últimamente las diversas potencias imperialistas han estado maniobrando para aumentar su importancia en los acontecimientos. Después de las masacres del 19 de febrero que han ocasionado decenas de muertes (se contarían unos 90 muertos, 10 policías entre las víctimas), un acuerdo fue establecido entre el gobierno y los partidos de oposición bajo los auspicios de los ministros de exteriores de Alemania, Francia y Polonia, más un representante ruso. Pero la tinta de la firma aún no se había secado cuando Yanukóvich huía, constatando que sus partidarios, la policía y el ejército lo abandonaban. Poco después fue votada en el parlamento su destitución. Un gobierno provisional ha sido nombrado bajo la dirección de Timochenko, liberada luego de 2 años pasados en prisión. Los manifestantes de Máidan, estudiantes casi en su totalidad, pertenecen esencialmente a las capas medias, pequeños burgueses confrontados a dificultades económicas; si había proletarios estos se mezclaban a una masa confusa que iba «del desempleado al presidente de Microsoft Ucrania» (4) bajo las banderas de la democracia y del nacionalismo ucraniano. A medida que el tiempo pasa, los partidos tradicionales de oposición han perdido credibilidad por sus tentativas de compromiso con el poder al mismo tiempo que las organizaciones de extremaderecha, ultra-nacionalistas, cristianos y neo-fascistas aumentaban su influencia en las manifestaciones. Han sido ellos, organizados paramilitarmente, quienes han tomado la iniciativa de ocupar varias sedes ministeriales, mientras que en la plaza Máidan expulsaban a las eventuales organizaciones de izquierda.

La clase obrera ucraniana como tal, que guarda tras de sí una rica historia de luchas (basta recordar las grandes huelgas de los mineros de Donbass, hace treinta años) ha estado ausente a lo largo de estos dramáticos eventos. Hasta ahora no ha habido ni una sola huelga, ni manifestaciones significativas en los grandes centros obreros al Este del país. En efecto, esta ausencia se debe sin duda por lo menos en parte a las divisiones regionales (el este había votado masivamente por Yanukóvich contra Timochenko en las elecciones presidenciales de 2010). Pero también está el hecho de que las reivindicaciones y perspectivas planeadas por las fuerzas políticas burguesas a la cabeza del movimiento de oposición no podían atraer a los proletarios sometidos a una dura explotación (la duración legal de trabajo en la industria es de 48 horas, el salario mensual promedio no llega a 200 euros, la tasa oficial de desempleo es de 8%, luego de haber culminado en 15% a mitad de los años '90). Sin embargo, la ausencia del proletariado

en tanto que fuerza presente en la crisis política ucraniana se debe en definitiva a la ausencia de la más mínima organización clasista que represente y defienda sus intereses.

Las capas pequeño-burguesas son también víctimas de las crisis del capitalismo, e incluso se movilizan antes que el proletariado, como ya se ha visto en estos últimos meses en varios países del globo. Pero como su existencia está ligada al mecanismo capitalista de extorsión del beneficio, son por naturaleza incapaces de avanzar otra perspectiva que las quimeras de perfeccionamiento del funcionamiento de la economía burguesa, de un capitalismo democrático y de la desaparición de los antagonismos de clases. El proletariado es la única clase capaz de aportar una solución definitiva a la miseria y sufrimientos de las amplias masas, incluyendo a los pequeños burgueses, y luchar por el derrocamiento del capitalismo; y, esperando acumular fuerzas suficientes para esta salida revolucionaria, arrancar por lo menos transitoriamente, concesiones a los capitalistas mediante la lucha de clase abierta. La irrupción de un proletariado en lucha abierta podría en consecuencia atraer al menos una parte de estas masas pequeño-burguesas en vías de proletarización. Pero si no logra lanzarse a la lucha, si no logra liberarse de las fuerzas colaboracionistas que hasta ahora lo asfixian, la burguesía inevitablemente hará tornar la rabia de los pequeños burgueses en su contra, sirviéndose de ellos para aplastarlo, aumentando aún más su explotación.

En fin, en esta crisis el proletariado ucraniano no ha participado como tal, pero será sobre sus salud que esta se resolverá, sea cual sea el nuevo equipo que se monte en el poder. Es el proletariado la cabeza de turco que pagará los costos de la crisis política actual, y el que con su explotación podrá hacer que el capitalismo nacional se recupere. Como sus hermanos de clase de todos los otros países, el proletariado ucraniano no podrá levantarse contra esta condición de chivo expiatorio más que rompiendo los lazos que en nombre del nacionalismo, la democracia, el regionalismo, lo encadena a los intereses del capitalismo, tomando la vía de la lucha de clase independiente, reconstituyendo las organizaciones de clase necesarias para esta, y, en particular, el órgano supremo, el verdadero **partido de clase**, situado en las antipodas del partido anti-proletario el mal llamado «Partido Comunista de Ucrania».

Esta es una tarea que no podrá cumplirse de la noche a la mañana, ni podrá llevarse a cabo dentro de las fronteras nacionales; tarea difícil pero exaltadora y la única realista:

¡Los proletarios no tienen más sus cadenas que perder, tienen un mundo por conquistar!

24 de febrero de 2014

(1) C.f. Catherine Samary, «La société ukrainienne entre ses oligarques et sa troïka» («La sociedad ucraniana entre sus oligarcas y su troika»), [http://alencontre.org/video/la-societe-ukrainienne-](http://alencontre.org/video/la-societe-ukrainienne)

Contra el nacionalismo, Por la unión proletaria de clase

¡LA FUERZA PRIMA SOBRE EL DERECHO!

Así parece lamentarse el representante francés en la ONU, el pasado 15 de marzo, ante el veto ruso a una condena (1) del referéndum (2) organizado en Crimea en pro o contra de su anexión a Rusia.

Sin embargo no es sólo en la acción rusa en Ucrania, sino en **todas** las relaciones entre los Estados en que se verifica este adagio. Rusia no ha respetado el tratado que había firmado con Ucrania, Estados Unidos y Gran Bretaña, el cual garantizaba las fronteras de este país de nuevo independiente a cambio de su renuncia a las armas nucleares que se encontraban en su territorio, luego de la desaparición de la URSS. Pero **todos** los tratados no son más que un pedazo de papel que sólo vale por el interés que tengan sus signatarios en respetarlos! El gobierno francés, tan respetuoso del derecho internacional y de la ONU, estaba más que motivado hace unos meses en atacar a Siria fuera de toda decisión onusiana, tal como lo hicieron los Estados Unidos en Irak o los europeos en Yugoslavia, Israel desde su creación, más un largo etcétera.

Los propagandistas burgueses que denuncian esta anexión de Crimea a Rusia, como «*la primera anexión militar en Europa en 70 años*» «olvidan» que la más grande anexión llevada a cabo en Europa después de la última gran guerra ha sido la de la RDA por parte de Alemania! Desde el hundimiento de la URSS, golpeada duramente por una crisis económica sin precedentes, las fronteras reconocidas internacionalmente y «legalmente intangibles», muchos países de la Europa oriental han sido modificados, y hasta desaparecido, algunos de manera pacífica, otros por vía armada, y por guerras donde han participado las

grandes potencias. El caso de Crimea no tiene nada de excepcional...

Pero el caso de Crimea ha provocado una crisis política internacional con repercusiones de largo alcance. Los grandes Estados europeos, comenzando por Alemania, se han disgustado ante el hecho consumado y porque sus ofertas han sido rechazadas desdeñosamente por Moscú. Sin embargo, los intereses económicos de ambas partes son tan fuertes que la situación podría acarrear, no una guerra abierta entre las diversas potencias, sino una «guerra fría» como ya evocan los medios. Rusia tiene necesidad vital de vender su gas a Europa, sus bancos están muy metidos en Ucrania, y las inversiones occidentales son necesarias para desarrollar una economía todavía muy débil. Alemania no desea perder sus inversiones en el mercado ruso en el que se ha largamente implantado desde la caída de la Unión Soviética y, así como en Italia, aun cuando es menor con respecto a Polonia, no puede ignorar la importancia que representa el gas y el petróleo rusos. Pero también Francia hace negocios en Rusia (Renault acaba de comprar la principal firma de automóviles local); y a pesar de las sanciones que el gobierno promete aplicar en su contra, no está dispuesta a renunciar a su «cooperación militar», concretamente la jugosa venta de navíos militares: Hollande afirma que los contratos establecidos se harán efectivos. Cuando son miles de millones de euros lo que está en juego, la violación del derecho internacional pasa a un segundo plano... En los Estados Unidos, grandes empresas petroleras y de otras ramas han pedido a Obama que las sanciones contra Rusia no sean aplicadas, temiendo que ello podría perjudicar sus intereses...

El «derecho» no es más que la confirmación de una **correlación de fuerzas**; cuando esta correlación cambia, el derecho anteriormente establecido deja de tener validez; es esta la gran lección que Putin hace recordar al mundo entero.

Esto se aplica no sólo a las relaciones entre Estados, o entre agentes económicos, sino también en las relaciones entre las **clases sociales**. Los enfrentamientos entre las clases no se rigen por principios de legalidad y derecho en vigor, sino según relaciones de fuerza reales. Los proletarios no deben dejarse paralizar por el derecho y la legalidad burguesas, que no tienen otro significado que su sometimiento al capitalismo. Su deber es reconstituir sus fuerzas de clase hasta confrontarlas con las de la clase enemiga, sea cual sea su nacionalidad, lengua o etnia, y cualesquiera sean las normas impuestas por la legalidad. La burguesía misma no vacila un segundo a la hora de violar su propia legalidad contra los proletarios, no titubea en utilizar fuerzas

para-legales, bandas de extrema derecha y pandillas de todo género, para secundar las fuerzas de represión legales contra la represión. Por tanto, los proletarios deben organizar su propia autodefensa y no confiar en la policía y la justicia del Estado burgués.

Hoy asistimos a una ola desenfrenada de nacionalismo enarbolado por ambas partes: el gobierno provisional de Kiev, presa de múltiples dificultades y que debe solucionar gravísimos problemas (principalmente deudas) ya ha advertido sobre la necesidad de sacrificarse para levantar la economía. Para esta la única solución para hacer pasar los futuros **ataques anti-obreros**, es jugar a la carta del nacionalismo. En este sentido la intervención rusa es una verdadera **beneficiación** para tratar de instaurar un clima de unión nacional!

Del otro lado, Putin exalta el nacionalismo ruso presentándose como el protector o liberador de rusos y ucranianos de habla rusa, mientras que en la regiones orientales, los burgueses llaman a la unión regional frente a Kiev.

Pero a la larga toda esta borrachera nacionalista no podrá ocultar los antagonismos de clase. Los proletarios ucranianos se verán obligados a luchar para vivir, como ya bastante lo han hecho en el pasado.

Entonces podrán constatar en los hechos que su enemigo no es el proletario de otra región u otra nación, sino su propia burguesía, aliada a esta o aquella potencia imperialista. Entonces las miasmas del nacionalismo se disiparán, y podrá volver a surgir la **unión de clase de los proletarios** contra todos los capitalistas, sus partidos, sus Estados, sus fuerzas represivas legales e ilegales, y reconstituir su **partido revolucionario internacional** para conducir la lucha.

Entonces una vez más se podrá oír de nuevo, en Ucrania y más allá, el grito de guerra de 1848:

¡Proletarios de todos los países, uníos!

16 de marzo de 2014

entre-ses-oligarques-et-a-satroika-2.html

(2) En el Parlamento el Partido Regional del oligarca Yanukóvich tiene como aliado al Partido Comunista,

mientras que en la oposición se encuentra el partido «Patria» de la oligarca Yulia Tymochenko, el partido «Oudar»

vinculado al CDU alemán y el partido de extrema-derecha nacionalista «Svoboda» financiado por otro oligarca. Pero a este coro se agrega el partido «Oudar» («Puñetazo») dirigido por el hombre de la imponente figura y de todas las imágenes de la Ucrania actual, el boxeador Vitali Klitschko.

(3) C.f. Catherine Samary, cit.

(4) C.f. <http://pratelekomunizace.wordpress.com/2014/02/19/maidan-and-its-contradictions-interview-with-ukrainian-revolutionary-syndicalist/>

(1) El proyecto de resolución de la ONU sobre Ucrania, apoyado por 13 países, ha sido rechazado tras el veto de Rusia y la abstención de China. (NdR). (2) En el referéndum del 16 de marzo los crimeos responderían a dos preguntas: «¿Aboga usted por la reunificación de la península de Crimea con Rusia conforme a los derechos de la unidad administrativa de la Federación de Rusia?»; y «¿Apoya usted la restitución de la Constitución de la República de Crimea de 1992 y el estatuto de Crimea como parte de Ucrania?». Los resultados no han sido otros que el de un «sí» rotundo a la reunificación con Rusia.

Ucrania: la intoxicación nacionalista no impide a los mineros hacer huelga contra la guerra. ¡Un primer paso en el largo camino de la reanudación clasista!

La guerra en Ucrania, como hace más de veinte años en la antigua Yugoslavia, es la respuesta burguesa a la crisis económica que estrangula a los países y a los contrastes que ven enfrentarse nuevamente a los imperialismos americano y europeo sobre todo con el imperialismo ruso sobre la amplia zona constituida por los países de Europa del Este.

Los nacionalismos exacerbados con los cuales, en Ucrania, las diversas facciones burguesas se combaten —ucranianos filorusos invocan el “derecho de autodeterminación y ucranianos filooccidentales que llaman a la defensa de la unidad del Estado nacional— son armas ideológicas utilizadas por las clases dominantes para movilizar a las masas populares y, sobre todo proletarias, en defensa exclusivamente de intereses nacionales y regionales que nada tienen que ver con los intereses proletarios, los cuales además de la sistemática explotación que sufren como fuerza de trabajo de la cual extraer plusvalor y por lo tanto beneficio, son transformados en carne de cañón tanto en los frentes de guerra como en las ciudades bombardeadas.

Los intereses burgueses tienen sus raíces en el modo de producción capitalista que se basa en la explotación intensiva de la fuerza de trabajo proletaria; regulado por la propiedad privada y por la apropiación privada de la producción de mercancías, el sistema capitalista no está en condiciones de funcionar si no es a través de una competencia que deviene cada vez más feroz y despiadada en la medida en la cual el capitalismo, desarrollándose, acrecienta los factores de enfrentamiento y de crisis sea en el interior del propio mercado, sea en el mercado internacional. Este desarrollo no procede de manera gradualmente progresiva sino a golpes cada vez más violentos; golpes que repercuten inevitablemente a nivel político aumentando o disminuyendo la distancia y las fricciones que las empresas y, sobre todo,

los grupos económica y financieramente más fuertes se hacen sistemáticamente; fricciones que el capitalismo no tiene ninguna posibilidad de reglamentar y resolver pacíficamente y que, en cualquier nación, la clase dominante burguesa encarga al propio Estado, cuyo poder y cuya fuerza armada son utilizados esencialmente en defensa de los intereses nacionales, es decir burgueses. Las crisis económicas no afectan sólo a la economía y, por lo tanto, a las relaciones de producción entre capitalistas y proletarios, sino que sus consecuencias se difunden sobre todos los planos: político, diplomático, de relaciones nacionales e internacionales, militar. Los socios de ayer se transforman hoy en competidores, los aliados en enemigos, la defensa de los intereses de los grupos económicos más importantes deviene la defensa de los intereses “nacionales”, la “patria” aparece con mayor evidencia como el símbolo ideal de los intereses nacionales que las clases dominantes burguesas siempre pretenden identificar como intereses de todo el pueblo, más allá de cualquier distinción de clase, mientras no son otra cosa que intereses de las clases burguesas dominantes y, en particular, de las fracciones burguesas más fuertes que condicionan la política de cada Estado, sometiéndola a sus intereses. En la época del imperialismo, por lo tanto de la llamada “globalización”, en el cual al capitalismo le interesa de una manera o de otra cualquier rincón de la tierra, lo que tiene lugar en un país está destinado a no permanecer limitado a este, sobre todo si se trata de un país inserto en las zonas de fuertes contrastes interimperialistas.

Por ello, el enfrentamiento político y después armado que en Ucrania ha explotado en estos últimos años entre facciones burguesas y pequeño burguesas de origen ruso, cuya población, minoritaria en el país está establecida sobre todo en las regiones del Este,

instigadas, alimentadas y armadas por Rusia y el gobierno ucraniano con see en Kiev, con el envío de su propio ejército en “defensa” de la unidad nacional, es un enfrentamiento que reporta directamente a los intereses económicos y políticos que a través inevitablemente los dos territorios económicos y políticos que pesan sobre Ucrania: Rusia, a la cual estaba federada hasta 1991, y Europa occidental, representada en el último periodo por la UE.

Desde la implosión de la URSS en adelante, todas las zonas de frontera entre Rusia y los países de la Europa occidental, entre Rusia y los países del Cáucaso y del Asia Central, se han convertido territorio de conquista por parte de los imperialismos más fuertes, comenzando por los Estados Unidos para continuar con Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia: territorio de conquista desde el punto de vista económico, financiero, político y militar; y no se olvide que, más allá de la pérdida de parte de Moscú de los viejos países satélites, Rusia siempre ha mantenido su vieja ambición imperialista de influencia a nivel mundial y no ha dejado en ningún momento de intentar la reconquista aún sólo parcial de los territorios vecinos. La vieja URSS, vencedora en el segundo enfrentamiento imperialista, constituyó en torno a sí una serie de países satélites que funcionaban de colchón respecto a los imperialismos europeos occidentales y, simultáneamente, de economías plegadas militarmente a las exigencias del capitalismo de Moscú.

Países satélites en los cuales, a consecuencia de la guerra a nivel económico y social, el proletariado podría haber constituido un serio peligro para los poderes burgueses, sobre todo si se hubiese movilizado en las formas para-insurreccionales como en Berlín en 1953. Moscú, de hecho, estaba dedicada a mantener el equilibrio del nuevo orden mundial en con-

Miles de inmigrantes ...

(viene de la pág. 9)

que el responsable de los cinco millones de proletarios en paro de España, de los salarios de hambre, del trabajo precario y las colas en los comedores sociales, no es otro que el capitalismo nacional que, hace años, importaba trabajadores de cualquier parte precisamente para rebajar los salarios locales y obtener un beneficio mayor en plena expansión económica. Por otra parte, y esto lo reconoce la propia economía política de la burguesía, el aumento de la masa de trabajadores tiende a generar un aumento y no una reducción del empleo total en una economía. Ni un proletario inmigrante es responsable de la situación del proletariado español, cuya situación es atribuible únicamente al capitalismo español que le explota implacablemente en tiempos de bonanza y le condena al hambre cuando la crisis pone en cuestión sus beneficios, de la misma manera que empobrece las regiones del mundo en las que ha tenido y tiene intereses comerciales y coloca a su población en la situación de emigrar o morir.

Por otro lado, la burguesía afirma, a través de sus medios de comunicación, sectas religiosas y partidos políticos, que la inmigración trae consigo una cultura, unos hábitos y un modo de vida incivilizado, ajeno a la tradición europea... ¿Qué civilización? ¿Qué tradición? La civilización de los fusilamientos con pelotas de goma por parte de la policía, que han sido incluso televisados. La tradición de las vallas electrificadas y coronadas con cuchillas diseñadas para desgarrar a quien intente saltarlas. La civilización y la tradición europeas son la historia de la masacre de los pueblos del mundo, la historia de la explotación más salvaje que un sistema social haya realizado sobre su población. El proletario moderno es infinitamente más desgraciado que el esclavo

clásico o el siervo feudal y eso se le debe a la civilización de las dos guerras mundiales, la bomba atómica y los campos de exterminio. La civilización burguesa es el gran enemigo del proletariado europeo, africano, americano y asiático, porque ella consagra su explotación. Y ante la defensa de la civilización que los voceros de la burguesía realizan, el proletariado de cualquier país debe defender el internacionalismo proletario que hermana en una misma lucha a inmigrantes y autóctonos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres. Una lucha que tiene por objetivo la destrucción del sistema capitalista y su sustitución por la sociedad de la especie humana, donde finalmente no existan las odiosas divisiones de clase, raza, nacionalidad o sexo porque las categorías capitalistas sobre las que estas se sustentan (salario y propiedad privada) habrán sido aniquiladas.

El proletariado europeo no tiene su enemigo en los inmigrantes, cualquiera que sea la procedencia de estos. Su enemigo es la clase social que se nutre del trabajo asalariado. La que prefiere sacrificar la vida de miles de seres humanos (españoles, mauritanos, búlgaros o peruanos) para mantener su tasa de beneficio. La burguesía disfruta de las mieles de la civilización mientras condena a la pobreza a los proletarios y es por esto que los proletarios no pueden hacer causa común con ella ni defender unos supuestos intereses comunes. Si lo hace se condena a vivir sometido a las exigencias de la economía nacional, que no reconocen razas ni nacionalidades a la hora de explotar bestialmente a sus siervos.

¡Contra los asesinatos de inmigrantes en la frontera! ¡Contra el encarcelamiento y la expulsión de los inmigrantes! ¡Contra la ley de extranjería! Proletarios de todos los países, ¡uníos!

19 de agosto de 2014

minio con el imperialismo americano, pero, al mismo tiempo, a asegurarse la defensa de sus propios intereses mundiales y de sus propias fronteras tanto en la vertiente euro-occidental como en la asiática hacia el Extremo Oriente. Rusia, después de 1991, constreñida a retirarse a confines bastante más restringidos incluso que la vieja Rusia zarista, no ha perdido sin embargo sus aspiraciones imperialistas; ha estado siempre dispuesta a aprovechar las debilidades de los países que se hicieron independientes entonces y de una coyuntura internacional que vé en los Estados Unidos, en particular, y en los otros imperialismo europeos, en dificultades en muchas zonas del mundo, comenzando por el Próximo y Medio Oriente y por el Norte de África y la zona subsahariana.

Ucrania pasa, desde hace años por grandes dificultades económicas y financieras, endeudada fuertemente tanto con el FMI (por algunas decenas de miles de millones de dólares) y con Rusia (por el gas, sobretudo), tratando de obtener acuerdos ventajosos con la UE y mediante el acercamiento a una eventual colaboración con la OTAN, se enfrenta a Rusia que no se piensa dos veces el acelerar, si bien indirectamente, el proceso de anexión de Crimea —ya República autónoma en el Estado ucraniano— por la cual, gracias a un tratado de amistad con Ucrania firmado en 1997, se había comprometido a no mantener ninguna pretensión de anexión (enésima demostración de cuánto valen los tratados de amistad entre Estados capitalistas). Inútil decir que los intereses rusos hacia Crimea es sobre todo el interés en salvaguardar su base naval de Sebastopol en el Mar Negro y de tener un control más directo de las fronteras con Turquía (aliada de la OTAN) además de aquellas con la propia Ucrania y por tener más libertad de movimiento de su propia flota hacia los Dárdanos y, por lo tanto, el Mediterráneo. El apoyo ruso de las milicias ucranianas separatistas y filo rusas en las regiones orientales —la parte más industrializada y minera del país— aparte de cualquier declaración oficial, interesa a Moscú tanto desde el punto de vista económico como desde el militar. Será muy difícil para Ucrania, y para los propios imperialismos europeos y norteamericano, devolver la situación a las fronteras “nacionales” ucranianas precedentes: el enfrentamiento que ha dado origen a la guerra partisana de los separatistas filorusos será difícil de solventar en un periodo breve, dadas las condiciones generales de relaciones interimperialistas actuales, si no es, al principio, con una aceptación al menos parcial de la anexión a Rusia de Crimea acompañada, si no de la anexión, de una amplísima autonomía de la región del Donbass que comprende la República de Donetsk y la otra región industrial y minera, la República de Lugansk, hacia la cual ejerce una influencia determinante.

Las noticias que llegan sobre los acontecimientos y los conflictos en curso en Ucrania, a través de los medios de comunicación europeos, son noticias claramente tendenciosas: demonizando al “zar” Putin y escondiendo una buena parte de la realidad. Por ejemplo, que, sobre todo por parte “filorusa”, se utilizan mercenarios porque en las regiones del Este la población no apoya en absoluto la guerra pro-anexión a Rusia; mientras el gobierno de Kiev, por su parte, debe amotinamien-

tos 1 y manifestaciones de las madres de los soldados que continúan oponiéndose a la guerra². Lo que desde el punto de vista proletario es sobre todo interesante es el hecho de que los mineros del Donbass, pese a no poder contar con sus sindicatos de clase, y menos con un partido proletario de clase, han hecho huelga en mayo y en junio contra la guerra y por el aumento de sus salarios, como en Donetsk, Krivoy Rog y en muchas otras minas del Donbas⁽³⁾.

Al margen de las motivaciones del todo confusas, impregnadas de un nacionalismo aguado por las cuales los soldados se han amotinado y se han negado a partir “al frente”, y al margen también de la falta de perspectiva de clase incluso en la misma lucha de los mineros, está el hecho de que de parte proletaria se expresa una cierta ruptura de la solidaridad nacional y de la colaboración interclasista. De por sí esta ruptura una ha generado ni generará automáticamente una movimiento de clase del proletariado ucraniano —no importa si de origen ruso, ucraniano, tártaro...— esto lo sabemos bien, pero es una señal que vale para los proletarios en general: es posible oponerse a la guerra burguesa y no se debe tener miedo de luchar por los propios intereses inmediatos y, al mismo tiempo, contra la guerra; esta solidaridad entre proletarios tiene su fuerza y puede pesar, al menos en lo inmediato, en las decisiones que los Estados enfrentados deben tomar. Es, por otra parte, una señal también para las clases burguesas de que no pueden usar como les plazca a las masas proletarias y es por esto —aunque ciertamente no sólo por esto— que Rusia, por un lado, y el gobierno de Kiev por el otro han decidido atenuar la recíproca presión militar alcanzando recientemente una forma de “alto el fuego” que permita “discutir” las respectiva razones.

Las huelgas y los motines no son tales de impedir la continuación del enfrentamiento armado en las regiones del Este de Ucrania, no se puede esperar tanto de un proletariado decapitado durante decenios tanto en las organizaciones sindicales clasistas como en el partido político de clase. Pero lo que no sucedió en la guerra de la antigua Yugoslavia ha tenido lugar en Ucrania. Una diferencia de clima social que no se puede ignorar.

Queda el hecho de que la gran mayoría de los proletarios están aún profundamente intoxicados por el democratismo y por el nacionalismo. La llamada “revolución naranja” que en Ucrania debía haber llevado a una de las más importantes repúblicas exsoviéticas el viento de la democracia, de la libre y pacífica expresión de los intereses de cualquiera y, sobre todo, una acelerada privatización de las empresas y de la circulación de capitales, al respeto de la llamada plena soberanía nacional, no ha sido sino la última de las ilusiones burguesas: en época imperialista la soberanía nacional se reduce a una forma ideológica, pretexto para pasar como “agredidos” por parte de competidores más fuertes y para pedir ayuda a los “aliados” del momento para defenderse mientras en los hechos económicos y financieros de fondo —los que determinan el poder de los gobiernos— esta funciona como

mampara y “oficina de representación” de los grandes poderes, nacionales y extranacionales.

Referirse a la soberanía nacional, al derecho internacional, a los tratados de amistad y de alianza es en fin un modo para enturbiar las aguas y pescar según intereses no abiertamente declarados pero impuestos con la fuerza. Los movimientos populares que llaman a la paz, a la democracia, a las negociaciones en las cuales los contendientes lleguen a acuerdos que satisfagan los intereses mutuos, a la lucha contra la corrupción y la ilegalidad y que imitando a los “indignados” franceses, españoles, griegos o italianos, se llaman Euromaidan o similares, son en realidad corazas ideológicas y políticas lanzadas contra el eventual despertar de clase del proletariado. Los proletarios ucranianos, frente a la exasperación de la competencia capitalista que se transforma en un enfrentamiento armado entre estados o fracciones burguesas en durísimo enfrentamiento entre ellos, en la huelga de los mineros de Donbass han demostrado materialmente que los intereses proletarios y los intereses burgueses son opuestos entre sí, son inexorablemente antagónicos. Sobre esta vía los proletarios pueden encontrar la dirección de clase con la cual reconocerse clase capaz de imponer con su propia fuerza, su propio movimiento, sus propias organizaciones, un enfrentamiento sobre un terreno completamente diverso, el del enfrentamiento abierto contra la guerra burguesa, contra la guerra entre Estados, la guerra de clase.

Pero la guerra entre clases no nace en una noche. Los proletarios deben habituarse a sentirse clase opuesta todas las otras clases de la sociedad, con intereses opuestos (y con miras mucho más amplias) a los intereses burgueses; los proletarios deben reconquistar la fe en sus propias fuerzas no sólo a nivel episódico, sino con continuidad en el tiempo y en el espacio y para obtener este resultado deben reorganizarse sobre el terreno de clase, a nivel inmediato para comenzar y a nivel político para utilizar sus mejores fuerzas. Porque es en el partido político de clase, el partido comunista revolucionario, que podrá encontrar y reconocer su única y verdadera guía histórica para su emancipación del capitalismo.

Combatir contra la borrachera nacionalista, de un lado y del otro, para los proletarios no será una “elección” ideológica, sino el resultado de una lucha que comienza inevitablemente sobre el terreno de la supervivencia, sobre el terreno de la defensa exclusiva de los intereses inmediatos proletarios y de su organización. Y sobre este terreno nace la solidaridad de clase, por lo tanto la unión de los proletarios en una única lucha contra las fuerzas de la conservación burguesa, de la conservación capitalista. No es volviendo la economía llamada “planificada” o acelerando la economía “de mercado”, como los proletarios podrán encontrar una solución aceptable o compatible con sus propias condiciones materiales de vida o de trabajo. Como en la vieja URSS, así en la nueva democracia o en la nueva república popular, la economía fue y es capitalista, el poder es de la clase burguesa dominante y, por lo tanto, el enemigo fundamental no ha cambiado, es el mismo: la burguesía dominante que representa al capital con sus empresas, sus bancos, sus trusts, su Estado su ejército y su policía.

Al proletariado, en realidad, bajo cualquier cielo, en Ucrania o en Siria, en Europa o en China, en Rusia o en América, la vía a tomar no presenta

(sigue en pág. 8)

Orientación práctica de acción sindical (I)

PREMISA

Al condensar aquí las orientaciones de consignas de nuestra acción práctica en campo sindical, no se pretende agotar el tema ni fijar límites definitivos.

Coherentes con los puntos programáticos de nuestras *Tesis sindicales* de 1972, estas son concebidas como una serie de respuestas a problemas de exigencias *elementales* de los trabajadores con atención particular a las condiciones *de hoy*: ninguno es, sin embargo, neutro, en cuanto tiene como punto de referencia los intereses de la clase y de la lucha de clase y se coliga a problemas de exigencias permanentes de ambas, que la crisis actual no ha creado sino sólo agravado.

A su vez, las reivindicaciones no son presentadas como *límites* por debajo de los cuales rechazásemos batirnos o directamente promover o dirigir luchas parciales, siendo conscientes de que en determinadas ocasiones no sólo no seremos capaces de lograrlas sino que nos encontraremos con la necesidad —en consideración de las relaciones de fuerza y el grado de desarrollo del movimiento real— de plegarnos sobre objetivos *colocados sobre la misma línea y tendencia* pero más *limitados*, como es inevitable en las vicisitudes de la lucha económica.

Por otra parte, la adaptación de estas directivas a la enorme variedad de los problemas particulares y de las situaciones locales, se fia —sobre su huella como sobre aquella de los principios generales del partido— a la «sensibilidad» y reactividad de los militantes y de las secciones y particularmente de aquellos que trabajan en fábricas y que, aislados o miembros de algún grupo ligado al partido, desarrollan sus tareas de militantes en estrecho contacto con la base proletaria. Quedan excluidos de las consideraciones que siguen los miles de casos en los cuales los militantes revolucionarios, en la fábrica o en el sindicato, se encuentran forzados a moverse sobre un terreno «elegido» no por ellos sino por las organizaciones oportunistas y deben batirse para asegurar *posiciones ventajosas para la clase* aún en tal ámbito infiel.

En fin, las indicaciones se dirigen específicamente a dirigir y a disciplinar y uniformar la actividad de los grupos sindicales o de fábrica *del partido*, pero por su contenido y por los métodos de lucha reivindicados son accesibles *a todo* proletario de vanguardia que, en la ciudad o en el campo, se rebelde por instinto contra el juego del oportunismo y esté ansioso de defender las condiciones de vida, de trabajo y de lucha de su clase. Dan por ello, por un lado, el necesario enganche *a las condiciones* para la superación de los *límites* de la lucha puramente *económica* y del paso a la *lucha política* revolucionaria; por otro lado, la *base* de un frente proletario en el vasto campo de las luchas reivindicativas contra el frente unido de la burguesía y del oportunismo.

LA CRISIS Y EL FRENTE UNIDO BURGÜÉS-OPORTUNISMO

La existencia del capitalismo en sí no es más que una sucesión de crisis periódicas en las que todas las contradicciones acumuladas por el modo de producir capitalista estallan más o menos violentamente. En el libro primero de *El Capital*, Marx describe este ciclo que, de manera ineluctable, se reproduce con todas sus consecuencias para la clase obrera.

Así las crisis no son «accidentes» periódicos en la vida del capital; le *son inherentes y necesarias*, como la respiración a la vida humana. Ellas reducen regularmente a humo las ventajas que el capital, dándose aires en los periodos de expansión, «garantizaba» a la clase obrera; las crisis hacen de la incertidumbre y la inestabilidad la situación *normal* de la clase obrera, agravando sus condiciones sucesivamente ya que siempre desembocan en los despidos y el paro de una parte de los proletarios añadida a la política de bajos salarios general. Como quiera se valoran el alcance actual y sus probables desarrollos en un futuro cercano, la crisis en la que hoy se debate el modo de producción capitalista ve formado el frente de la burguesía y el del oportunismo político y sindical en contra de la clase obrera.

Para salir del hoyo, el régimen capitalista debe comprimir el salario real y reducir el empleo, y al mismo tiempo, esforzarse en aumentar la intensidad y la productividad del trabajo, racionalizar la producción y potenciar el aparato de administración para la clase dominada.

Puede hacerlo si, con migajas y una nube densa de promesas aptas a tornar menos duros los sacrificios presuntamente exigidos «a todos los ciudadanos» para la «salvación común» en pro de grandiosos planes de inversio-

nes «selectivas» y de reformas estructurales, consigue adormecer a la clase obrera. Y aquí está el punto de conexión entre oportunismo y burguesía.

El oportunismo al frente de los partidos «obreros» y de las grandes organizaciones sindicales, capaz de un control de las masas casi totalitario, asume, dentro de unos límites, el defender a los proletarios de las repercusiones más inmediatas y estridentes de la crisis, mas esta defensa la subordina a las exigencias propias de la salvación y reactivación de la economía nacional y de sus estructuras institucionales y políticas y con esta perspectiva ofrece a la clase dominante sus servicios de mediación y asesoramiento, hasta llegar incluso a la cogestión, invirtiendo la lucha y el combate de clase en un «careo» civil con el patronato y el gobierno en vistas al lance de cualquier «nuevo modelo de desarrollo» presentado como ancla de la salvación del «país» y con este de su «componente obrero». El resultado es que las luchas de clase se paralizan y se invita a los obreros a obtener una mejora de su suerte no de la *lucha* directa sino de organismos de arbitrio instituidos por la sociedad burguesa, a todos los niveles, con fines de conservación social; triturrándola en polvo de pleitos y reivindicaciones corporativas desiguales y parciales aun cuando pueden existir las condiciones para su unificación y al nivel político de las reformas y de las presiones sobre el gobierno para obtenerlas, interesando al proletariado, directa o indirectamente en la «gestión» de la economía y más generalmente del país. Por esto los sindicatos deben sacrificar al «diálogo» todo medio de *lucha* directa del proletariado, aunque ellos, de palabra, no renieguen de ella.

La auténtica defensa, aunque sólo sea de las condiciones elementales de vida y de tra-

bajo de la clase obrera, no es posible sin quebrantar aquella auténtica correa de transmisión de los intereses capitalistas en el seno del proletariado: el oportunismo. *Cuanto mayor es la influencia de los reformistas entre los obreros, tanto son estos más importantes, tanto más dependen de la burguesía, tanto más fácil es para esta reducir, con diversos subterfugios, las reformas a nada. Cuanto más autónomo es el movimiento obrero, profundo y amplio de perspectivas, cuanto más libre está de la mezquindad del reformismo, tanto mejor pueden los obreros consolidar y utilizar las mejoras aisladas»* (Lenin)

EN LAS GARRAS DE LA CRISIS

Con el doble látigo del estancamiento y la inflación, la crisis agrava las ya precarias condiciones de la clase obrera. Esta presión se ejercita a todos los niveles, no dejando de lado ni a la parte de los estratos relativamente «aventajados» de la clase, aunque se abate con acendrada violencia sobre aquellos más inseguros y peor retribuidos. En las diversas formas en que la crisis se desarrolla, se mostrará que las exigencias de la defensa del proletariado son generales y comunes en el acto en que —en las mismas frases de advertencia de los gobernantes— se revelan y siempre se revelarán más antitéticas a las exigencias generales y particulares de supervivencia de la economía capitalista. Verdad es que la satisfacción de *alguna* de estas necesidades implica la intervención reformadora del Estado. No por ello los revolucionarios rechazan en absoluto y por principio las reformas, si bien se denuncia la contradicción y el intento de conservar el estatus quo y las rechazan en cuanto van dirigidas a perfeccionar el mecanismo de explotación de la fuerza de trabajo y, en vez de ser el resultado de una presión energética de la clase obrera *sobre* el Estado y fuera de él, supongan —como en las líneas maestras del oportunismo— la creciente integración de sus órganos de clase tradicionales, los sindicatos, en el aparato central de administración de la burguesía.

Para la prosecución de las reivindicaciones, aún las más elementales del proletariado es condición indispensable que este, desligándose de la letal tutela del oportunismo, vuelva a hacer suyas sus *armas de lucha específicas* volviendo a dar a la huelga su naturaleza y genuina función de *arma de guerra contra el capital*, envilecida hoy a instrumento marginal de blanda presión en la larga cola de los pactos en el vértice.

EL ARMA FUNDAMENTAL: LA HUELGA

Reivindicación primaria es el arma fundamental: la huelga proclamada *sin aviso, sin límite de tiempo, con la mayor extensión posible*, no subordinándola en sus varias formas a las llamadas «exigencias superiores del país» nunca interrumpida durante las negociaciones, sobre las que además debe ejercerse el control incesante de los trabajadores para romper con la costumbre, puesta por los oportunistas, de tratar con los patronos sobre objetivos que nada tienen que ver con los de los obreros haciendo que la vuelta al trabajo dependa de criterios completamente extraños a los de la satisfacción

de las peticiones propuestas y del valorar la relación real de fuerzas.

En la huelga, como un aspecto de la guerra de clases, hay que anudarse a la sana tradición de las *cajas de resistencia* como arma de la lucha, arma que los sindicatos han abandonado o de la que excluyen a los obreros más combativos; y a pesar y contra las mentirosas proclamas por la «libertad del trabajo» lanzadas vergonzosamente por los dirigentes sindicales, es indispensable que los proletarios vuelvan a hacer suyos los medios de lucha más radicales para combatir la intervención de los esquiroleros, utilizando los *piquetes* de modo más eficaz, también para responder del mejor modo posible a los ataques de «grupos» legales e ilegales. Finalmente, se debe rechazar la práctica frecuente que degrada la huelga a inocua manifestación e intenta «sensibilizar a la opinión pública» preocupada de no llevar los disturbios a la «ciudadanía» como requieren las «buenas maneras» del oportunismo y orientarla hacia la solidaridad de todos los trabajadores de la ciudad y del campo en una constante y potente llamada a la solidaridad entre ellos.

A esta solidaridad, a través de un trabajo constante de propaganda y agitación en sus filas (como en el plano reivindicativo) debe llamarse a los *proletarios encuadrados en el ejército* que, como se ha visto en muchas ocasiones, el Estado utiliza sin dudar contra los huelguistas en el sector público.

Entendida de esta manera, la huelga, como todas las reivindicaciones, es propuesta tanto en los sindicatos como fuera de ellos. En ellos ejerciendo presión sobre sus dirigentes a fin de que la realicen demostrando —si pueden— *con hechos* la «seriedad de sus profesiones de adhesión a la causa e intereses de los trabajadores. Para ello se incidirá, más que sobre las descoloridas asambleas sindicales, sobre las asambleas obreras que sean lo más amplias y abiertas posibles, donde se siente de manera más directamente los impulsos combativos de la «base». *Fuera de ellos* en las filas de la clase obrera y en los organismos inmediatos que surjan en el curso de la lucha, en su preparación o en su prolongación: comités de huelga, colectivos, coordinaciones obreras, etc.

Donde existan las condiciones, los revolucionarios participarán en estos organismos espontáneos para reforzar su autonomía de las direcciones sindicales oportunistas, para mantener el carácter «abierto» a todos los trabajadores sea cual sea su afiliación política, para dirigir la actividad en el sentido de la lucha de clase, sin elevarlos aún a fetiches o a sustitutos de las más vastas organizaciones de oficio o industria, sabiendo que sólo el desarrollo posterior del movimiento real podrá decidir sobre la cuestión de si la reapropiación de estos últimos deberá y podrá llegar como reconquista desde dentro, aún por la fuerza, o como reconstitución ex novo.

POR LA DEFENSA DEL SALARIO REAL

A las catastróficas consecuencias de la inflación galopante, que presiona sobre el salario cuya media es ya baja y cuyas diferencias entre sus extremos son considerables, hay que oponer la ratificación de que el salario no está ligado al volumen de la producción, al nivel de la productividad, o al grado de instruc-

ción de la clase obrera, sino que está determinado por la compleja acción y reacción de factores económicos como la demanda y la oferta de mano de obra y de la relación de fuerza entre las clases. Ningún dispositivo o medida podrá nunca proteger el salario de la anarquía de la producción, de los cambios en las relaciones de fuerza entre los sectores diversos, de las fluctuaciones de la coyuntura, de la constante presión que el capital ejerce sobre el trabajo. Ni criterios de calificación, ni rastros judiciales o barreras legislativas, jurídicas o de convenio, ningún mecanismo de escala móvil, ninguno de los dispositivos cuyo efecto y tendencia constantes son el integrar los sindicatos en los órganos arbitrales y de conciliación y dar a la clase obrera ilusiones acerca del papel del Estado.

Los obreros pueden resistir a esta presión sólo en la medida en que consiguen superar la competencia recíproca, esto es, el usar *su propia fuerza, que deriva de su unión en la lucha contra la burguesía*.

Por esto, las reivindicaciones de aumento de salario, deben derivar sólo de las necesidades por defender las condiciones de lucha y de vida de la clase trabajadora y tender, por esto, a mejorar la calidad y a apretar sus filas.

Además, la política de los sindicatos que, fingiendo aceptar y llevar adelante la reivindicación —popular entre grandes sectores de trabajadores— de igual aumento para todos *la desnaturalizan completamente* sea pidiéndola bajo forma de premio en vez de aumento (lo que equivale a dejar este último a merced de las presiones del capital), o reivindicándola como a cuenta para los futuros convenios. Esta política hay que combatirla.

1) Para ello la lucha se plantea en el sentido de *fuertes aumentos de salarios, más fuertes para las categorías peor retribuidas*, con el triple fin de *reaccionar al aumento del coste de la vida, de contrarrestar la división creada por las cualificaciones entre los obreros*, y para consentir el *rechazo de las horas extraordinarias* a los que en plena crisis los proletarios se ven sometidos si quieren poder comer y cenar.

2) Con todas las reservas en cuanto a lo adecuado de los cálculos de las necesidades de la familia obrera media, la consigna del aumento de los salarios base, en sentido inversamente proporcional a las cualificaciones, va completada (sin perjuicio de cuánto se deberá exigir en un futuro próximo) con la reivindicación de *¡Ningún salario inferior a los 1.500 euros netos!*

3) Hoy los costes de los transportes, de los servicios, de la casa pesan mucho sobre el salario. Los planes de reformas lanzados por el oportunismo tienden únicamente a favorecer las inversiones públicas y privadas y a mejorar las «infraestructuras» de la economía nacional; por otra parte la ocupación de viviendas sin alquilar —elementales formas de reacción proletaria al peso de la política de réditos— está destinada antes o después a ser absorbida por el oportunismo o a encerrarse en sí misma por falta de salidas, a pesar de las teorizaciones de grupos de extraparlamentarios a la caza de formas «alternativas» de defensa obrera. La respuesta verdadera al grave problema es buscada en una lucha fuera de los pasteles parlamentarios y para gubernamentales por la reducción de las *tarifas y los*

alquileres y los transportes gratuitos para ir al trabajo y en la constitución de organismos a propósito para llevarla a fondo, sin olvidar nunca que, como señalaba Marx, se trata de una lucha *desigual* si está aislada de aquella que se libra por las dos reivindicaciones *cruciales* de la lucha de clase en la visión marxista: el aumento de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo.

4) El salario está cada vez más amputado por descuentos que van a alimentar de una manera u otra las cajas del Estado y una parte de los cuales es «restituida» a los asalariados tomando como base criterios que la mayor parte de las veces y a pesar de todas las proclamas demagógicas sobre la «solidaridad», agravan ulteriormente la situación de los estratos más explotados de la clase obrera.

El movimiento obrero tiene como reivindicación de principio el que todos los gastos cuyo origen son las enfermedades, el paro, la pensión de vejez, los pluses familiares o las funciones del Estado, sean cargados a la clase capitalista y su Estado: *supresión de cualquier descuento del salario; ningún impuesto sobre la ganancia del obrero, máscara democrática del impuesto sobre el salario*.

El aumento de las prestaciones sociales y el mantenimiento de su paridad con el movimiento de los salarios deben ser reivindicados para permitir a los obreros el prescindir de costosos seguros complementarios.

¡POR UNA ASISTENCIA SOCIAL PAGADA POR EL PATRÓN!

(continúa en el próximo número)

Ucrania ...

(sigue en pág. 21)

alternativa histórica: es la vía de la lucha en todos los horizontes contra las fuerzas de conservación social, burguesas o pequeño burguesas, defiendan estas la democracia o la sharia, el cristianismo o el laicismo. En la lucha por la supervivencia de la clase explotada por el capital, el proletariado encontrará, como encontró en el glorioso pasado de las revoluciones de 1848 en adelante, su vía de clase. La historia no tiene prisa, aunque durante muchas decenas de años los proletarios de todo el mundo sufran indecibles tragedias con el único fin de ser inmolados al dios Capital.

14 de septiembre de 2014

(1) <http://ndilo.com.ua/news/u-viyisku-rozpochavsja-bunt.html>, e <http://ukraineantifascistsolidarity.wordpress.com/2014/05/30/beginning-of-rebellion-in-the-ukrainian-army/>

(2) <http://ukraineantifascistsolidarity.wordpress.com/2014/06/02/soldiers-relatives-protests-spreading-in-ukraine/> e <http://www.aitrus.info/node/3875/> a través <http://libcom.org/forums/news/protest-ukraine-02122013?page=11#comment-541714>

(3) <http://liva.com.ua/miner-war.html>, a través <http://ukraineantifascistsolidarity.wordpress.com/2014/05/30/donetsk-miners-strike-against-war-eyewitness-account/>, oltre a <http://www.marxist.com/donetsk-miner-strike.html>

El programa del Partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la

producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeñas burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.